

RAMÓN EMETERIO BETANCES

OBRAS COMPLETAS

VOL. III

ESCRITOS LITERARIOS

FÉLIX OJEDA REYES / PAUL ESTRADA
EDITORES



Ediciones PUERTO

2008

Esta publicación es propiedad de Ediciones Puerto, la cual tiene todos los derechos de diseño y textos. Ninguna parte podrá ser reproducida de forma alguna sin el permiso de Ediciones Puerto, Inc.

Primera edición: 2008

Ramón Emeterio Betances Obras Completas Vol. III

Escritos literarios

© Félix Ojeda Reyes / Paul Estrade

© Ediciones Puerto, Inc.

P.O. Box 9066272

San Juan, Puerto Rico, 00906-6272

Teléfono : 787-721-0844

Fax: 787-725-0861

e-mail: edicionespuerto@gmail.com

www.edicionespuerto.com

Diagramación y diseño:

Taller de Ediciones Puerto

Editor: José Carvajal

Impreso en Colombia

Impreso por D'vinni S.A.

Obras completas 978-1-934461-40-2

Volumen III 978-1-934461-70-9

LOS DOS INDIOS⁵⁹
 EPISODIO DE LA CONQUISTA DE BORINQUEN⁶⁰

Caminaban.

Y, sin embargo, la noche era sombría y bramaba la tormenta. El cielo estaba oscuro, la lluvia castigaba las hojas y el vien-

59 Contrario a lo que se creía, el extenso relato de Betances titulado *Les Deux Indiens. Épisode de la conquête de Borinquen (Los dos indios. Episodio de la conquista de Borinquen)*, se reprodujo en 1857, en los talleres de la tipografía Bonnal et Gibrac, de Tolosa. *Les Deux Indiens* se publicó bajo el seudónimo de Louis Raymond. Así lo deja saber Paul Estrade en su artículo "Un Betances insospechado". (*Revista Domingo*, suplemento *El Nuevo Día*, San Juan, 12 de enero de 2003, pp. 8-9). La Biblioteca nacional de Francia conserva copia del relato indianista de Betances. En esta ocasión utilizamos la traducción realizada por el poeta y profesor universitario, José Emilio González, revisada posteriormente por Carmen Lugo Filippi (Congreso Nacional Hostosiano. San Juan, Puerto Rico, 1998). Debemos precisar que *Los dos indios* termina con un poema, *A Borinquen*, que hemos insertado en la sección *Poesía* de este volumen.

60 Borinquen es el nombre que los indios dieron a la isla de Puerto Rico, hoy colonia de España. (Todas las notas al pie de página, salvo que se indique lo contrario, fueron redactadas por Betances).

to hacía temblar los grandes plátanos centenarios. La selva llena de un secreto horror sacudía su cabellera empapada. Las ramas arrancadas de su tronco crujían al caer o quedaban suspendidas de otras ramas que parecían estirarse hacia ellas para retenerlas. Los jabalíes pasaban medrosos buscando un abrigo. Hasta los mismos pájaros marinos se desplomaban. Estos hijos de la tormenta habían huido con el día, lejos de los islotes vecinos, su asilo, para venir a abatirse sobre las tierras de Borinquen. La naturaleza gemía. ¡El huracán sobre la montaña y bajo el bosque el huracán!

Caminaban. Caminaban siempre hacia adelante. Súbitamente se encontraron en una parte de la selva donde los árboles habían sido derribados y en parte consumidos por el fuego. La centella había pasado por allí y el viento había barrido las cenizas. Brilló el fuego del cielo e iluminó a los dos hombres.

—Hermano, ¿es aquí?— dijo uno de los dos. ¡Ya no reconozco los caminos!— Otuké, hay que caminar todavía. Desde lo alto de las nubes sombrías, el gran Cemí⁶¹ nos ha visto. Ha derramado la lluvia que, al formar arroyos, borra las huellas sobre la tierra; él ha hecho silbar al viento que arrastra las hojas. Los hombres blancos ya no podrán encontrar la marca de nuestros pies ni sobre el polvo ni sobre las hierbas secas. Antes de que el sol haya retomado el sendero del cielo, la tormenta se habrá calmado y tú verás de nuevo los huesos de nuestros padres.

— La tormenta brama. ¡Caminemos!, dijo Otuké con tristeza.

Y un segundo relámpago llegó para inundarlos con su luz. Se hubiera podido ver entonces a uno de aquellos dos hombres, el que parecía de más edad, contemplar el cielo con aire amenazante. Sus ojos centelleaban, las aletas de su nariz estaban hinchadas y su boca entreabierta parecía decir:— ¡Lo he liberado! ¡La naturaleza entera jamás podrá arrancarlo de mis brazos!— Este hom-

61 Dios de Borinquen.

bre tenía un aspecto heroico. A primera vista, su cuerpo parecía quizás un poco descarnado, a causa de su alta estatura; pero se balanceaba ligeramente sobre sus sólidas piernas y uno se daba cuenta enseguida de que estaba habituado a luchar contra la fatiga y que la había vencido. Sus brazos eran secos y un poco largos, pero rudamente tallados, musculosos. A pesar de la caminata que acababa de hacer, su pecho se expandía y contraía con facilidad. Su semblante respiraba odio y venganza. Sobre su cabeza orgullosamente erguida había sujeta una pluma negra. Un cinturón de paja finamente alisado cubría la parte inferior de su cuerpo, formando una especie de calzón muy ancho. A su lado izquierdo brillaba un puñal sin adornos, botín de algún enemigo. Todo su cuerpo color de cobre y untado de aceite revelaba que acababa de realizar una azarosa empresa. Relucía como de acero pulido.

Los españoles, dueños de la Isla, habían luchado frecuentemente contra aquel Indio. Ninguno de los que él había sorprendido solos en el bosque había regresado a su campamento; otros le habían atacado en gran número, para apoderarse de él. Siempre se había deslizado entre sus manos y los que lo habían alcanzado, de pasada, le habían puesto el mote de Rompe hachas⁶², tanto le había parecido resistente y vigorosa su fuerte constitución.

En aquel momento, su paso, aunque seguro, delataba la costumbre de tomar precauciones para ocultar sus huellas. Su mano derecha se apoyaba sobre el hombro de su hermano, a quien había llamado Otuké. En cuanto a él, su tribu le llamaba de antaño Toba. ¡Hacia mucho tiempo que los dos Indios habían sido separados! Otuké caminaba con tristeza; se hubiera dicho que guardaba en su corazón algún pesar y que cada paso lo alejaba del sitio donde él hubiera querido vivir. ¡Y, sin embargo, Otuké había sido

62 Los españoles dieron ese nombre a la madera que los franceses llaman *bois de fer*.

arrebatado recientemente de las manos de los enemigos quienes, desde hacía tiempo, lo retenían prisionero!

Los españoles, recibidos al comienzo como amigos por las tribus felices y hospitalarias de Borinquen, no habían tardado en dar rienda suelta a su locura furiosa de amasar oro. Y al igual que en todas partes donde llegaron, no vieron en los Indios sino esclavos cuya misión era enriquecerlos. Tuvieron entonces que sostener más de un ataque, enfrentándose al valor y la indignación muy legítimos de los indígenas. Pero la mayoría de las veces celebraron la victoria que debían tanto a la superioridad de sus armas, a su fanatismo y a su codicia desenfrenada como a la ignorancia de sus enemigos. Todos los días hacían nuevas conquistas y a cada paso arrojaban una tribu encadenada al fondo de las minas que desvalijaban ávidamente y que servían de tumba a aquellos insulares, amantes de la libertad. Fue así como llegaron a exterminar cerca de seiscientos mil Indios en Borinquen solamente. ¡Tres siglos y medio de civilización no han sabido devolver a aquella Isla deliciosa la mitad de sus habitantes!

En la época en que ocurre la escena que describimos, hacia mediados del siglo dieciséis, quedaban todavía algunas tribus que se habían refugiado en las montañas, donde defendían valerosamente su independencia, y de donde sólo se arrojaban como avalanchas sobre los invasores cuando podían pagarles barbarie con barbarie. Todo prisionero sufría la muerte.

Los españoles, por su parte, armonizaban sus intereses con su fe y con su crueldad, y condenaban a los más duros trabajos a los indios que caían en sus manos. Era una guerra de salvajes y de bárbaros.

Toba, descendiente de los antiguos caciques de la pequeña aldea de Guanajibo, había abandonado los llanos, a la cabeza de

los suyos, llevando consigo al gran Cemí, y jurando, además, vengar la muerte de su padre en los cristianos, quienes lo habían asesinado. Anhelaba todavía combatir hasta el último día para dar la libertad a los que gemían bajo aquel yugo. Asimismo, unas veces, se le veía tomar la ofensiva al descender de los montes, otras veces, atacado en su guarida, se defendía como león sorprendido en su antro. Cada día hacía un recuento de sus compañeros y cada día encontraba que eran menos. Caían, caían a su alrededor. El hacha de los cristianos abatía los álamos y los plátanos de la selva. Sólo el roble⁶³ permanecía de pie. En fin, al encontrarse a la cabeza de solo algunos amigos, les ordenó unirse a una tribu más poderosa y a combatir con ella. Quedaron él y Otuké en sus montañas, los únicos guardianes de su Dios y de las tumbas de sus padres. Otuké había contado en ese entonces dieciocho veces la estación de las lluvias.

¡Era hermoso contemplar al joven cacique! Su rostro recordaba al de su hermano, pero una dulzura de Virgen había dejado allí su huella. Su cuerpo, de mediana estatura, estaba admirablemente modelado. Sus cabellos caían en forma de trenza sobre sus hombros. Sus labios, un poco desdeñosos, sonreían sin embargo con gracia y unos ojos brillantes, pero llenos de ternura, develaban en su alma una pasión profunda. Mientras tanto, el hermano de Toba jamás había temblado ante un enemigo, y aunque todavía los suyos no le habían concedido el rango de guerrero, ya había combatido valientemente. Cada día Toba se había esforzado en inspirarle el odio a muerte que él mismo había jurado a los extranjeros; Toba, quien había visto a su padre perecer masacrado bajo sus propios ojos, solo con Otuké, quizás hubiese logrado al fin hacer de éste un enemigo temible para los españoles.

63 *Rouvre* o *chêne-rouvre*, es una especie de roble.

Otuké que, antes de su cautiverio, se educaba de tal guisa junto a su hermano en el arte de hacer la guerra, había abandonado un día junto a Toba las cimas de las montañas en el momento en que un sol ardiente invitaba al sueño a los habitantes de las regiones tropicales. Los dos Indios se aprovechaban del descanso que tomaban los enemigos para cazar en los bosques que cubrían la llanura. Otuké debía, por primera vez, atacar a un jabalí sin otra arma que un puñal. Los dos Indios exploraban inútilmente la selva sobre la que se asentaba la aldea de Guanajibo, alejándose cada vez más de su albergue. Buscaban en vano. El silencio del bosque sólo era turbado por los tímidos "corís"⁶⁴ que huían al ellos acercarse, haciendo crujir las hojas bajo sus ligeros brincos, o por las ardillas que les pasaban delante y trepaban a lo alto de las ramas, desapareciendo en un instante.

—Volvamos, dijo Toba. Estamos cerca de los hombres blancos y no llevamos armas para combatirlos.

En efecto, Otuké no portaba sino un puñal y Toba andaba armado sólo con dos flechas, con el propósito—había dicho— de excitar al jabalí al combate, hiriéndolo. En realidad era para auxiliar a su hermano en caso de que corriese un gran peligro.

—Los cristianos, añadió, fueron ayer de caza, y todos los jabalíes se han escondido.

—No, dijo Otuké, que parecía desde hace un instante alerta a un ligero ruido. Escucha.

Ambos adelantaron la cabeza, en expectativa.

—¡Es él! dijo Toba. Se revuelca a la orilla del agua.

—Y otro camina cerca de él, contestó Otuké. Escucha el crujir seco de las hojas aplastadas bajo sus pies.

Los dos Indios, ocultos detrás de un gran roble de América, dirigieron la mirada hacia el punto de donde surgía un ruido casi

64 Especie de conejos muy pequeños.

imperceptible. Se hubiera dicho entonces que sus ojos trataban de perforar el follaje que los separaba de su presa. No vieron nada.

A casi unos veinte pasos al frente se hallaba una magnolia, todavía joven, al borde de un arroyo que desparramaba frescura a su alrededor. Mostraba algunas raras flores a través de las lianas y de los "caolís"⁶⁵ que enlazaban su tronco, que se esparcían sobre las ramas y al llegar a los extremos, se dejaban caer en tierra formando un delicioso refugio contra el calor. Una de las flores tembló.

—Están allá, dijo Toba, al señalar la magnolia, a través de los árboles que lo separaban de aquella.

Al mismo tiempo vieron dos ojitos que aparecían entre las ramas caídas de las lianas.

Luego, la cabeza avanzó, separando las ramas y el jabalí abriendo su enorme boca dejó ver en toda su longitud sus terribles colmillos.

—¡Ese es hermoso!, dijo Otuké. Puso la mano sobre el puñal, sus ojos fijos en la fiera. Toba le agarró el brazo y lo retuvo con un gesto donde se describía toda la ternura y todo el orgullo de un padre al ver que su hijo se enfrentaba valerosamente a un gran peligro.

—¡Espera, le dijo, son dos!

—Tienes una flecha para el otro, dijo Otuké, contemplando a su hermano con asombro como preguntándole si dudaba de su coraje y de su fuerza. No vio en sus ojos sino una indecible expresión de amor fraternal.

—Toba, dijo, ama a Otuké como el "bengalí"⁶⁶ ama a sus pequeños que no tienen alas, pero Otuké sabe combatir con el puñal. Llevará el jabalí muerto a Toba.

—El jabalí más viejo es para el guerrero más viejo, replicó Toba. Hermano, el más joven descansa allá, bajo las lianas. Este

65 Madreselva salvaje.

66 El bengalí es un pájaro pequeño de plumaje azul.

me pertenece. Hoy le seguiré la pista hasta su guarida y volveré aquí para ver a Otuké golpear a la fiera como se debe golpear a los hombres blancos.

En ese momento, el jabalí había pasado más cerca de los dos Indios. Los había percibido, y lanzándoles oblicuamente una mirada, erizó sus pelos y aceleró la marcha. Toba, sin esperar una respuesta se puso a perseguirlo pasando con cautela por detrás de cada árbol para no inquietar a la fiera en su huída. El cazador y la bestia desaparecieron rápidamente en la floresta mientras que Otuké, con los ojos fijos en la magnolia, parecía velar el sueño de su enemigo. Transcurrió un instante. Nada se movía en el bosque. De pronto, nubes de palomas torcaces pasaron a través de las ramas, azotando las hojas con sus alas y fueron a caer a la orilla del arroyo. Se posaron sólo un instante y luego reanudaron ruidosamente el vuelo resquebrajando el follaje.

El jabalí, interrumpido su reposo, se levantó, sacudió las hojas que permanecían adheridas a sus flancos y tomó tranquilamente la ruta que había seguido su compañero.

Otuké estaba inmóvil, sentado detrás de un roble. Por una especie de respeto a las palabras de su hermano, había decidido esperarlo. Pero cuando vio levantarse al jabalí, su rostro se iluminó de alegría. Le pareció que la bestia era más temible que la otra y tan pronto aquella se encontró bastante cerca de él, se levantó súbitamente, dio un salto y le cerró fieramente el paso. El jabalí se detuvo, miró fijamente por un momento a su enemigo y luego giró lentamente como si desdeñara atacarlo o como si estuviera muy fatigado para combatir. Volvió sobre sus pasos mientras que Otuké, sonriendo como un niño, le golpeaba los flancos con una rama seca sin poder excitar su cólera. Volvió a pasar bajo la magnolia y atravesó el arroyo para seguir un sendero opuesto a aquel donde había sido detenido.

En el momento en que salía del lugar bajo la magnolia, las ramas de un arbusto salvaje que crecía a la orilla de una zanja ve-

cina y detrás de una espesura, se movieron, como si alguien se hubiera apoyado en el tronco. Otuké, ocupado de su caza, no lo vio. Quería ocuparse del lugar que le ofrecía un espacio sin árboles donde podía combatir cómodamente. Agarró una piedra del agua y la lanzó con fuerza contra su impasible adversario.

Un rayo no resultaría más rápido: el jabalí, golpeado en la espina dorsal, se volvió de un salto, se recogió sobre sí mismo y se lanzó furiosamente contra su agresor. Su impulso, mal dirigido, fue lo único que salvó a Otuké, cogido de improviso. La bestia, irritada, reanudó el ataque con nueva rabia. Arremetió, la cabeza baja, contra el Indio, pero el Indio ya se había preparado para la lucha. Esgrimiendo su arma con la mano derecha, se desvió ligeramente, dejó pasar al animal que mugía, saltó sobre él y se puso en cuclillas. Lo apretó entre sus vigorosas rodillas y con la mano izquierda agarrándole la cabeza, con fuerza invencible, dijo: ¡Me perteneces! En ese mismo instante su puñal atravesaba el corazón del jabalí, mientras éste sacudía furiosamente al Indio. Otuké repetía mientras clavaba su arma: ¡Me perteneces! Otuké sabe combatir con el puñal. ¡Llevará a Toba el jabalí muerto!

* * *

Mientras cantaba su victoria, con toda la fuerza de su corazón, el Indio sentía cómo la fiera se iba desplomando bajo sus piernas, cuando súbitamente la detonación de un arma de fuego repercutió en la maleza cercana al lugar donde había ocurrido el combate. El jabalí cayó muerto. Otuké, abandonando su arma, rodó junto a su enemigo derribado. Quiso volverse a levantar y lanzarse al bosque, pero se deslizó de nuevo en tierra y su cuerpo quedó con la espalda apoyada sobre un tronco, como si estuviera suavemente sentado. A pesar suyo, un grito sordo se escapó de su pecho: ¡Oh, Toba! ¡Toba! Y recayó en el silencio.

—¡Bravo! don Toribio, dijo un español, saliendo de la maleza y felicitando al que había disparado. ¡Muy buen tiro!

—*¡Viva Cristo! amigos,*⁶⁷ añadió don Toribio, al dirigirse a diez o doce aventureros que le seguían. Sólo buscábamos a un jabalí, pero dos bestias salvajes a la vez, eso es más fascinante, y les he enviado una bala para que la compartan.

—¡Ese maldito Indio, dijo un viejo soldado, se mantenía firme! Se parecía— dios me perdone— al demonio (y se persignó sobre los labios) montado sobre el compañero del bienaventurado San Antonio, mi patrón.

—Y yo he derribado al demonio, respondió don Toribio, enderezándose.

—A riesgo de disgustar al gran patrón del viejo Antonio, exclamó un andaluz andrajoso.

—Decid que con la intención firme de hacerlo, Caballero de Fuentes, continuó el héroe de esta escena, mientras sacrificaba a su amor propio su respeto por los santos; os he dicho que sólo enviaba a cada uno la mitad de la bala.

En ése momento rodeaban a las dos víctimas del victorioso don Toribio. Otuké, inmóvil, desde que había realizado inútilmente un esfuerzo por escapar de los españoles, mantenía esa impasibilidad que sabían conservar los indios en medio de los más espantosos sufrimientos. Lo habían herido en la pierna derecha y contemplaba su sangre fluir sin que hiciera un solo movimiento para detenerla. Los españoles le habían creído muerto. Don Toribio mismo se sintió un poco lastimado en su orgullo cuando sus compañeros se dieron cuenta de que Otuké sólo tenía una pierna traspasada por la bala y que el jabalí con el puñal todavía clavado en la herida, había caído bajo los golpes del Indio.

67 En castellano en el original.

—Es un milagro de San Antonio, dijo el andaluz mientras reía. Ha impedido que la bala se partiera en dos en el aire, a pesar de la intención firme de don Toribio. No quería que su fiel compañero fuera herido por un buen católico.

Don Toribio no contestó a la burla, pero alzando la cabeza, ripostó:

—Os voy a probar, señor de Fuentes, dijo, que yo sé dirigir una bala. Ayudadme.

Fue entonces hacia Otuké y luego de haberle vendado la herida con un pañuelo, lo entregó en manos de sus compañeros, encargándoles de atarlo de pie a un árbol mientras preparaba su arma. Luego, poniendo un dedo entre los ojos del Indio, dijo:

—He aquí donde le voy a acertar.

Los indios que habían escapado a los grilletes de los españoles, daban cuenta a sus compañeros aún libres, del lenguaje cruel de los conquistadores. Otuké veía con calma todos los preparativos de su muerte. Quería morir como guerrero, título al que tenía derecho por su última y desdichada victoria. Don Toribio se dirigió, contando treinta pasos, a un sitio desde donde podía ajustar el arma y tirar con comodidad. Los españoles formaron dos filas, una a cada lado del Indio. Este, contemplaba fríamente a su verdugo apuntándole a la frente. Desvió un instante la vista para admirar todavía el bosque. Entonces, como sorprendido de haber mostrado que tenía algún pesar, fijó su mirada en el cañón amenazador del arma que estaba a punto de tronar. Don Toribio, ansioso de lucir su destreza, apuntaba con cautela y se tomaba mucho tiempo. El arma permaneció un instante inmóvil. El tiro partió.

Ningún signo de temor alteró en el rostro del joven cacique su impasibilidad estoica. La bala rozó ligeramente su mejilla, silbó junto al oído y se clavó en el árbol.

Don Toribio, seguro de sí mismo, avanzó triunfante, sin tan siquiera mirar a su víctima.

—¡A hacerlo de nuevo, don Toribio!, gritó el caballero de Fuentes. Y un estallido general de risas fue la respuesta de sus compañeros ante su imperturbable seguridad.

* * *

Por un instante, don Toribio se quedó estupefacto. Pero, como verdadero hidalgo, incapaz de dudar por mucho tiempo de sí mismo, se aprestaba a tomarse la revancha y comenzar de nuevo el ensayo de su destreza, cuando uno de los centinelas, que en circunstancias parecidas solían los españoles situar en los alrededores para no ser sorprendidos por los indios, se adelantó y, dando la señal de desatar a Otuké, anunció al comandante de la plaza.

La persona a quien se le daba tal título, don Pedro Sánchez, era un hombre de cuarenta y cinco años. Corazón generoso, era un apasionado de la gloria y se había ido a buscarla a América. Cuando salió de España ocupaba uno de los primeros rangos en el cuerpo expedicionario, pero al llegar a Borinquen no había querido comprender que la gloria consistía en saciar una avidez sin freno. Por lo tanto, más de una vez había tratado de tomar la defensa de los insulares maltratados. Y por ese crimen había caído en desgracia y lo habían enviado, hacía poco, a comandar a los españoles establecidos en la aldea de Guanajibo. Allí se marchó sin murmurar. Allí, como en todas partes, se mantuvo inmovible en sus generosas resoluciones y si es cierto que castigaba con rigor a los indios que, una vez sometidos, se rebelaban, o, si libraba con otros una ruda guerra, no permitía que sus compañeros, sin razón alguna, los convirtieran en objeto de barbaries que acarrearán frecuentemente terribles represalias. Aunque él considerase que la casta indígena era evidentemente inferior a la noble raza de los hidalgos, sabía apreciar en aquellos cualidades y, por lo menos, los trataba humanamente. Perteneía al escaso número de los que, al abando-

nar su patria, habían pensado en establecerse en las colonias, y se había llevado consigo a sus dos hijos que idolatraba.

Don Pedro Sánchez, al visitar con dos de sus oficiales las cercanías de su campamento, había llegado al sitio donde Otuké fue sorprendido. Lo encontró libre de sus ataduras y don Toribio mismo le presentó al Indio como el nuevo prisionero que él acababa de capturar. La tropa recibió la orden de volver a la aldea y de transportar al Indio. Este fue situado en unas angarillas al lado del jabalí.

Otuké contemplaba silenciosamente esta escena y su corazón se quebraba de dolor. ¡El, hermano de Toba, el hijo libre del cacique, abandonaba para siempre las selvas y sus montañas para convertirse en esclavo de los extranjeros, allí donde sus padres habían comandado a valientes guerreros! ¡Toba, quien no había deseado otro compañero sino a él, Toba, iba a regresar y no encontraría más a su querido Otuké! El joven de alma sensible retenía las lágrimas en su corazón.

Mientras tanto, la tropa estaba a punto de ponerse en marcha: cada uno había ocupado su sitio, cuando se oyó en la floresta, en lo alto de los árboles, la voz gimiente de una tórtola. Se hubiera dicho que un alma lloraba a otra que se iba. Pero nadie se dio cuenta. Otuké únicamente, con un movimiento súbito, levantó instintivamente la cabeza. Al principio nada percibió, pero luego vio una flecha volar por el aire. Venía del lugar donde se lamentaba la tórtola e iba en la dirección que parecían querer seguir los españoles. Un rayo de esperanza brilló en los ojos del Indio.

¡Toba lo había visto! Toba estaba solo y no podía venir a librarlo de las manos de tanto enemigo. Pero su flecha le decía que pronto vendría a libertarlo.

Don Pedro Sánchez se alejaba a la cabeza de los suyos y el triste arrullo todavía se hacía oír. Cuando el ruido de los pasos se perdió en la selva, un Indio, deslizándose de una alta rama que se

curvaba bajo su peso, cayó en el mismo sitio que acababan de dejar los españoles. No tenía armas. Fijó sus ojos en tierra y, luego de un instante de silencio:

—¡Su sangre,—exclamó— he ahí su sangre! ¡Los guerreros blancos la han derramado, como la de Aymá! ¡Toba, el hijo de Aymá, Toba, hermano de Otuké, irá a reclamarle al cacique blanco la sangre de su padre muerto y de su hermano prisionero!

Y partiendo rápido como una saeta, el Indio se hundió en la profunda selva.

* * *

Sesenta días habían transcurrido sin que Toba hubiera podido libertar a su hermano. Solo una vez, y esto ocurrió dos días después de la victoria de don Toribio, Toba logró penetrar en medio de sus enemigos. A punto de entrar en la cabaña donde Otuké yacía, había atravesado con su flecha a un soldado que vigilaba al cautivo. El español, herido de muerte, tuvo tiempo para pedir socorro y al temido grito de “¡Rompe hachas!” más de uno de sus compañeros acudió. Toba se había retirado no sin antes lanzar una última mirada sobre la choza que encerraba a su hermano herido. Desde aquel día, los españoles redoblaban la vigilancia. Los prisioneros eran observados más de cerca por sus amos. Por su parte, el hijo de Aymá merodeaba en vano cada noche, alrededor del campo, como la loba a quien le han quitado sus lobeznos y que espera el momento propicio para arrebatarlos a sus enemigos. Otuké había renunciado a su libertad esperando el momento en que su fuga no pudiera ser impedida por su herida.

A la llegada del joven cacique al campamento, los españoles no habían tardado en darse cuenta, por las señales de respeto que le prodigaban los Indios, que Otuké era conocido y reverenciado. Le llamaban *el hermano de Toba*, y le conferían en parte la admiración que les inspiraba el guerrero libre, al que los vencedores jamás habían podido tomar a la fuerza ni hacer caer en sus emboscadas.

Se le reconoció como a un jefe ya sea porque, respetando su rango, no se le quiso tratar como a los otros cautivos, o ya sea porque se temiera a su influencia sobre los Indios y a que organizara una rebelión, lo alojaron en un sitio lejos de sus amigos, en una de esas cabañas construidas con yaguas y hojas secas de palmeras, llamadas bohíos. Este bohío, resto de la antigua aldea, construido por manos indígenas, traía a la memoria de Otuké, en medio de sus sufrimientos, los días en que siendo niño se armaba ya con el arco y la flecha para matar al vuelo palomas torcaces o para seguir a las rápidas ardillas en su huída. Recordaba también que en esos mismos lugares había visto a su padre, Aymá, y a su hermano Toba, llamando a cada puerta a sus compañeros para marchar a combatir a los enemigos de Borinquen. ¡Las hojas secas de las palmeras habían durado más que los guerreros de Guanajibo y que el cacique Aymá! Y, sin embargo, en su corazón no albergaba deseo alguno de venganza. Los dos hermanos, por así decirlo, habían compartido sus pasiones: a uno le tocaron los pesares; al otro el odio implacable. Pesares y odio brotaban en el alma de los dos por su amor a la libertad.

Cautivo y herido, Otuké sentía su dolor aumentar por la soledad en la que le arrojaba el rigor de los españoles. Sumido en el fondo de su bohío sólo veía pasar ante la puerta al soldado encargado de vigilarlo; sólo oía el murmullo de un arroyuelo límpido como el cristal. Arroyuelo que los españoles habían desviado para hacerlo correr por el medio de su campamento y que antes fluía bajo los árboles de la floresta. Al anoecer, el murmullo de las aguas era triste y Otuké se repetía entonces: "Aymá el cacique ha llorado y sus lágrimas se derramaron sobre Guanajibo. Se ha quejado y sus quejas se escuchan en la noche".

* * *

Había en el campamento español un alma dulce y compasiva, siempre presta a sostener las cadenas del esclavo para que les

fueran menos pesadas; siempre dispuesta a dedicar tiernas palabras a los infortunados prisioneros que lloraban su independencia perdida. Era, para los Indios, la Virgen de la Consolación. Esa Virgen se llamaba Carmen. Había partido de España acompañada de su hermano y junto a él compartía el amor sin límites de don Pedro Sánchez, su padre. El cariño de don Pedro se había concentrado en su hija, tras haber perdido, durante una desdichada travesía, a su bienamado José.

Carmen tenía apenas diez y seis años y ya se podía ver en ella toda la belleza de una hija de Andalucía. Sus largos cabellos negros delataban su origen, sus ojos eran un reflejo del cielo azul de su país, ese azul celeste que oculta tanta ternura bajo un ligero matiz oscuro, pero que brilla, reluce y centellea cuando un rayo de sol lo hiere, igual que la mirada movida por el fuego del alma.

La noble doncella iba cada noche a visitar *el bohío de los Indios*. En ese lugar, los españoles arrojaban, mezclados, a todos los prisioneros: enfermos o capacitados para el trabajo. Unos, capturados hacía poco, tenían aún las heridas que habían recibido al defenderse. Otros que habían tratado de escapar, arrastraban los pies cargados de cadenas y en su espalda se veían los surcos del látigo de los señores. Junto a ellos se alineaban para ser encerrados cada noche, como si fueran un rebaño, los Indios empleados en el trabajo de las minas a los cuales se les concedían algunas horas de reposo sobre tablas desnudas. En su desgracia, se regocijaban todos al ver a la joven que sabía dolerse de sus vicisitudes, quien llegaba para hacerles su habitual visita y que traía para cada uno algún alivio a sus sufrimientos. Ella les hablaba en su lengua y les prometía mediar por ellos ante su padre. Tal vez fuese ella la que logró que don Pedro Sánchez diera órdenes severas que impedían maltratar inútilmente a los Indios. Amada por todos, la joven se movía sin temor alguno en medio de ellos y sabía que podía sin peligro alejarse de su morada.

Una tarde salió y se dirigía en busca de su padre por el predio donde trabajaban los cautivos. A la sombra de un tamarrindo, separado del sendero que ella seguía por altos herbazales, vio a dos Indios sentados. Uno de estos, ya muy viejo, contemplaba tristemente a su compañero y parecía condolerse de sus males. Carmen, enternecida, se detuvo un instante para contemplarlos.

—El padre de Boucao, decía el anciano, estaba listo para partir hacia el país de los altos bosques y de las vastas praderas para seguir las cacerías del Gran Cemí, pero ¿por qué los hombres blancos también habían prendido a su hijo? ¡Boucao hubiera sido un hermoso guerrero de Borinquen!

Y llorando acariciaba a su hijo.

—¿Por qué, añadió, Boucao no huyó en la noche mientras podía hacerlo?

—Padre, respondió el joven Indio, el sol ha visto ya cinco veces al hermano de Toba en el campamento de los blancos. Otuké está herido y gime solo, separado de todos, en su bohío. Boucao, su amigo, tal vez pueda verlo y consolarlo. Hoy mismo su guardián lo ha amenazado de muerte.

Carmen, que podía oírlo todo sin ser vista, tuvo temor de enterarse, si seguía escuchando, de algún proyecto de fuga, y volvió sobre sus pasos, sin querer sorprender el secreto de los desventurados Indios. Pero al marcharse quedó bajo la impresión de lo que había dicho Boucao y buscó en su memoria quién sería aquel que podía inspirar tanta devoción en su amigo. No pudo recordar haber oído pronunciar a otros el nombre de Otuké y se prometió conocerlo esa misma noche. Su interés se hallaba todavía más excitado por lo que Boucao había añadido. Ella sabía que los españoles en raras ocasiones amenazaban en vano y quería saber si se había condenado a alguno de sus protegidos.

* * *

Por la noche, cuando Carmen vio a los Indios reunidos delante de la choza común consumiendo su triste cena, compuesta de plátanos y pescado salado, se dirigió a ellos y pudo enterarse fácilmente de la morada de aquel en quien ya se interesaba sin conocerlo. Pasaba en medio de aquellos infortunados, dando a uno una palabra de consuelo, a otro una palabra de esperanza, contemplando con ternura las heridas de éste, suministrando a aquel algo con qué curar sus llagas. Volvió a encontrar a Boucao en medio de los cautivos y le preguntó cuál de sus compañeros era Otuké.

—El hijo del cacique, respondió tristemente Boucao, está encerrado en el bohío, privado del sol. ¡No ha de comandar, como Aymá su padre, a los guerreros de Guanajibo. Aymá murió mientras combatía a los enemigos. Otuké morirá llorando su libertad, lejos de su amigo!

Carmen vio cómo una lágrima humedecía la mejilla del Indio, quien se retiró ocultando su dolor.

En las Antillas, la noche sucede al día sin transición. Se pasa casi repentinamente de la luz a la oscuridad. Las tardes carecen de crepúsculo. Mientras Carmen interrogaba a Boucao, sonó la campana para que los esclavos retornaran a lo que se pudiera llamar su establo. El día había desaparecido, pero la luna reemplazaba al sol. Los Indios, contestando al llamado que hacían sus amos, pasaban uno a uno y luego iban a encerrarse en su prisión.

Carmen, después de verlos desaparecer, empujada por su curiosidad de mujer joven tanto como por la bondad de su alma, que siempre la impulsaba hacia los desdichados, se dirigió a la parte del bohío donde se hallaba el hijo del cacique. Por doquiera que ella se presentaba le daban libre paso; por eso penetró en el bohío sin que se lo impidiera el soldado que estaba de centinela. Aunque la luna estuviese brillante afuera, la joven se detuvo un instante en el dintel de la choza, buscando con sus ojos a

Otuké, al que una oscuridad mayor o, mejor dicho, una luz menos viva, le impedía ver en el interior. Por fin lo divisó acurrucado en un ángulo del bohío. Sus muñecas estaban atadas por una gruesa cuerda, lo que sin embargo le permitía libertad de movimientos. Sentado en el suelo sobre una estera de tosca paja, tenía los codos apoyados en sus rodillas y la cabeza entre sus manos, como entregado a profundos pesares. Carmen avanzó silenciosamente, luego se detuvo delante del Indio. En ese momento, un rayo de luna que se colaba por una hendidura de las secas hojas que formaban el techo, descendió sobre su rostro y lo iluminó con una aureola celeste. El Indio, alzando la cabeza, vio delante de él esa misteriosa aparición, y se quedó un momento como petrificado.

—¿Quién eres?, dijo al fin. ¿Eres una hija del Gran Cemí y vienes a buscarme para llevarme volando por encima de los bosques?

La admiró aún más, luego dejó caer de nuevo la cabeza dolorosamente mientras exclamaba:

—No, las vírgenes de Borinquen tienen el rostro dorado como el sol; tú... tú eres un espíritu enviado por los guerreros blancos para arrebatarme la vida sin que haya vuelto a ver a Toba. Estoy dispuesto. Otuké sabrá morir sin quejas.

—Vengo a socorrerte, dijo Carmen.

Hasta ese momento, ella, a su pesar, habíase mantenido silenciosa para ver mejor. Cuando Otuké había alzado su cabeza, la doncella tuvo que retener una exclamación que estuvo a punto de escapársele. Había encontrado en su mirada algo nunca visto en hombre alguno.

—El Dios de los blancos, dijo el Indio, ordena la masacre de los habitantes de Borinquen, por medio de la astucia o por la fuerza. Los blancos no pueden socorrerme.

Al oír estas palabras, la hija de Sánchez pensó en el peligro que corría su amigo. Recordó las frases de Boucao: Hoy mismo su guardián le ha amenazado de muerte. Resolvió salvarlo.

—Un guerrero blanco ha amenazado con matarte, le dijo, y yo vengo a libertarte. ¿Me crees?

Otuké contempló con asombro y con admiración creciente a la que iba a ser su libertadora.

—Sí, exclamó, ya probaba mis fuerzas para la huída. Pero yo no puedo engañar los ojos del guerrero blanco que vigila. Me ha apuntado con su arma y ha jurado darme muerte si intentaba escaparme. Pero tú que vienes a aliviar de tal modo el dolor del prisionero, desata mis lazos y ve delante de mí. Huiré bajo tu sombra y los guerreros cegados por el fulgor de tu mirada, desviarán los ojos. Camina así hasta el bosque profundo y allí, bajo las ramas sagradas que tiemblan al soplo libre del viento, Otuké, hijo de cacique y hermano de Toba el gran guerrero, te ofrecerá la antorcha que hay que extinguir para que tú seas su esposa.

Mil ideas confusas se agitaban en el alma de Carmen. La atemorizaba el haber hecho una promesa que le sería tan difícil, quizás imposible, de llevar a cabo. Se acordaba de la amenaza del soldado, pero creía que quizás ésta no se cumpliría.

Veía la herida del joven Indio que, sin duda, le impediría aún más el huir con suficiente celeridad como para ser perseguido sin éxito. En fin, un sentimiento tal vez menos generoso, pero que no podía evitar, la hacía desear que el Indio permaneciese aún prisionero. Sin embargo, se decidió. Fue a hablar al español que lo vigilaba, cuando al llegar a la puerta de la choza, vio la luna brillar con todo su esplendor. Comprendió la imposibilidad de atravesar el campamento sin ser visto. Y, volviendo adonde Otuké, le dijo:

—Indio desdichado, la hija de los blancos te protegerá, pero ¿puede el prisionero huir en medio de la luz? Espera a que las noches sean más oscuras y a que se haya calmado el dolor de tu herida.

* * *

Carmen sabía que no podría persuadir a su padre de que concediera la libertad al Indio, pero estaba segura de contar con

la impunidad del soldado que lo dejaría escapar. Salió de la choza con esa esperanza, dejando su imagen en el alma de Otuké. El hijo del cacique quedó entregado a una ensoñación profunda. Esta virgen tan pura, tan bella, que hablaba de libertarlo del yugo, le parecía un sueño que le enviaban los espíritus protectores de Borinquen, y ya esperaba al día siguiente para conocer la verdad.

Esa misma noche, Carmen, de vuelta al techo paterno, estaba sentada cerca de su padre en un hamaca hecha con fibra de áloe y bordada con plumas de los pájaros más brillantes. Le contaba con el más vivo interés que en el campamento estaba el hijo del antiguo cacique de Guanajibo. Le pidió que el joven Indio fuera tratado con más consideración que los otros prisioneros y logró la promesa de que permanecería encerrado en su choza y no sería enviado a trabajar en las minas. Pero don Pedro Sánchez prometió al mismo tiempo que haría más severa la vigilancia de Otuké. Los indios—decía— no perderían la ocasión de rescatar a tan importante rehén a cambio de la sumisión de alguna nueva tribu. Tal resolución tiñó de tristeza la frente de Carmen. Si el comandante de la plaza hubiera sido capaz de pensar que una gentil descendiente de los Godos podía llegar a sentir amor por un miserable Indio, entonces habría adivinado fácilmente lo que ocurría en el corazón de su hija. Carmen perdió el buen humor y se retiró sin hablar más. La bella andaluza amaba y se sentía amada. Por lo tanto, descubrió mil pretextos para creerse obligada a volver cada tarde a consolar a su protegido hasta el momento en que ella pudiera libertarlo.

Pasaban los días y cuando llegaba la noche, Carmen volvía a la cabaña de Otuké. Le demostraba lo fácil que sería la fuga, a pesar de las disposiciones de vigilancia tomadas, pero el Indio no quería alejarse sin ella. La joven estaba lista para libertarlo y desatar sus cadenas, pero ella misma era quien lo retenía, la que resistía: ilucha ardiente en la cual la pasión de ambos se acrecentaba por el sacrificio que uno hacía de su libertad y el otro

de su amor! Carmen, para darse fuerzas, hablaba de su padre, que la idolatraba, de su Dios que la amenazaba y apenas si había transcurrido un instante, cuando sus labios se unían, temblorosos. Entonces se juraban no separarse nunca. Turbada, inquieta, Carmen se escapaba, pero al día siguiente se sentía más triste que nunca y por la tarde más enamorada que la víspera. Su corazón se embriagaba y ya había dado toda su alma a su amante, cuando una tarde, al alejarse de él lo escuchó entonar el siguiente canto:

“Yo he sido perseguido por las fieras
y he hallado en su antro a la virgen tímida.
La virgen tímida se me acercó.
Su boca se parece a la rosa adornada de perlas
que derrama sobre ella la mañana.

El Gran Cemí ha puesto en sus ojos dos rayos
del cielo azul.
Su cuello es blanco como la espuma de la mar.
La virgen tímida se me ha acercado.

Ella se ha convertido en mi esposa.
La cargaré en mis brazos hasta un rincón libre
del bosque y la alejaré del antro de las fieras”.

La joven esposa escuchó—llorando— la canción, pero su corazón estaba decidido y aunque temblorosa ante la idea del sombrío desdén que don Pedro Sánchez experimentaba hacia los Indios, no dejaba de sentir todo el afecto paternal que él le había dedicado y juraba que jamás lo abandonaría. Quizás un día ella podría confiarle toda su pasión y no verse condenada por él. Hasta ese momento no esperaba otro consuelo que aquel que hallaría en el

amor de su amigo y en todo el bien que ella podría derramar sobre sus desdichados compañeros.

De esta forma vivía, logrando con su cariño que el Indio olvidara los sufrimientos de la cárcel. Otuké, que experimentaba cada día más la dulce influencia de su compañera, pensaba menos y menos en sus bosques queridos. Algunas veces sentía como una especie de temor al recordar el odio implacable que Toba reservaba a los enemigos.

* * *

—¡Un complot descubierto y unos cuantos Indios que caerán esta tarde atrapados en sus propias redes! ¡Buenos días!—decía gozosamente don Toribio en medio de siete compañeros.

—¡Buenos días!

—Y mala noche, respondió Antonio lúgubrementemente.

—¡Pájaro de mal agüero!—le gritó un joven soldado— ¿Qué te hace hablar así?

—Los alcatraces,⁶⁸—respondió Antonio con tono profético. Los alcatraces han salido hoy del seno de las aguas y han sobrevolado por largo tiempo allá arriba en la montaña; el viento sopla desde el mar y esparce poco a poco en el cielo aquella nubecilla que proviene del Monte de las Cabras. La luna pronto quedará eclipsada y la lluvia caerá a torrentes. Los techos de nuestras barracas podrían ser arrancados por las ráfagas.

—Ud. sueña, padre Antonio,—dijo otro.

—Estamos en agosto—contestó. Esa fue toda su respuesta.

Los ocho compañeros se encontraban reunidos en medio

68 Grandes pájaros marinos. Muchos moradores del campo y sobre todo los negros, al notar que esos pájaros sólo aparecen en grandes números los días en que la tormenta los arroja de sus islotes desiertos, creen todavía que viven en el fondo del mar, de donde no salen sino cuando los agita una gran tormenta.

del campamento, sentados alrededor de un fuego chisporroteante que se extendía a lo largo de dos formidables pinchos en que se veían ensartados varios cochinitillos. Las doce víctimas anunciaban que se esperaba a otros convidados. Estaban alineadas en dos largas varas puntiagudas que servían de asador y éstas se apoyaban en cada uno de sus extremos sobre cuatro horquillas de palo clavadas en tierra. Cada uno de los interlocutores le daba vuelta a una de las varas cuando le tocaba su turno. En ese momento, el viejo Antonio cumplía su faena.

Todo había sido calculado de modo que el viento no echara las llamas sobre el delicioso asado. De este modo impedían que se ahumara. Cada uno seguía con ojos ávidos las rotaciones incessantes del asado y lo veía con gusto enrojecer poco a poco, luego tomar, en ciertos puntos, un tono oscuro y brillante donde el fuego se reflejaba. De vez en cuando, una mano se adelantaba para voltear los plátanos o las sabrosas batatas de las Antillas que se cocían en las cenizas. Todos estaban atentos. Don Toribio que ocupaba el lugar principal, hacía de "sacrificador" y amolaba sobre la piedra un cuchillo que debía servir para trinchar. Antonio, después de una ligera pausa, contemplando con alegría su labor, dijo:

—¡Gloria al Almirante!⁶⁹—exclamó. ¡Quién hubiera sospechado, sino hubiera sido por él, que países como éstos donde todo sale a pedir de boca, estaban habitados desde hace siglos por perros paganos mientras que tantos buenos cristianos no hacían en casa sino gemir en la miseria! ¡Gloria al Almirante!

—¡Gloria al Almirante!—gritaron todos.

Luego sus miradas recayeron una vez más sobre los objetos que excitaban aquel entusiasmo. El silencio reinó de nuevo.

—Señores—dijo al fin don Toribio— ¿no dirían Uds. que falta algo en nuestro festín?

69 Cristóbal Colón.

—Sin duda— dijo el joven soldado. El señor De Fuentes para animarlo mientras esperamos el grito de la victoria.

—¡Ay!— dijo Antonio. Ya no las alegraré más. ¡Que Dios guarde su alma!

—¿Ha contado Ud. el número de sus heridas?— dijo alguien.

—Ninguna tenía— respondió Antonio. Pero, su amigo, lo sabe.

—Sí— contestó secamente Pedro, lanzando sobre Antonio una mirada de odio.

—¿Conoce Ud. bien toda esa historia?— preguntó el vecino de Pedro.

—No— ripostó ávidamente éste— no toda.

—Bueno, se dice que lo estrangularon o lo ahogaron. Luego lo ataron, con el rostro vuelto hacia el cielo, al árbol junto al cual fue hallado.

—Y en el que habíamos atado hace dos meses al hijo del cacique— añadió don Toribio.

—¿Ahogado?— dijo otro— ¿Acaso se quema uno toda la boca en el agua?

—¿Qué ocurrió entonces?

—¿Se habían dado cuenta todos ustedes que Fuentes se alejaba a menudo del campamento?

—Sí— respondió uno. ¿Por qué?

—Era para ir a recoger pepitas de oro en un arroyo que corre cerca del lugar donde lo encontraron y donde él escondía su tesoro.

—Todo eso se lo había confiado a Antonio— declaró Pedro.

—Y a Pedro— ripostó Antonio.

—Ayer mientras iba a pescar su oro— continuó el narrador— vio allí a un Indio. Tuvo la mala suerte de dispararle y de abatirlo del tiro. En ese mismo momento, dos indios más salieron del fondo de la selva y se arrojaron sobre nuestro amigo, ¡y esos malditos fundieron todo aquel oro y se lo derramaron en la boca!

Un temblor recorrió al grupo entero. Pedro fue el primero que reanudó la conversación, mientras contemplaba a Antonio.

—No se sabe quién de nosotros encontró primero al cadáver, pero todo el oro ha desaparecido.

—Tal vez alguien lo usará para mandar unas misas en la catedral de Cádiz, dijo Antonio mientras cedía el asador a otro. Pedro lo seguía con los ojos y continuó:

—¡Por Cristo! Lo vengué de su asesino quien cantaba sus proezas en el momento en que le disparé, después de haberlo capturado y atado. Pero aún tengo que hallar al ladrón.

Hubo todavía un momento de silencio.

—Después de todo— dijo don Toribio— su muerte nos puso sobre la pista del complot.

Esa palabra complot fue la última de la oración fúnebre dedicada a Fuentes. Don Toribio atrajo la atención sobre otro asunto.

El campamento español se hallaba situado entre la selva de Guanajibo, que se extendía hacia el sur y hacia el este, y una montaña que rodeaba como un anfiteatro los otros dos lados. Es a una parte de esa montaña, justo la que se prolongaba hacia el oeste, que los españoles habían denominado Monte de Cabras, a causa de la dificultad que ofrecía para subirla, aunque su altura fuera mediana, y habían llamado Puntilla a la cima, lugar al que uno sólo de ellos se había inútilmente aventurado. La parte que ocupaba el Norte había sido bautizada con el nombre de Monte de Barro. Entre Monte de Barro y Monte de Cabras, a casi un cuarto de hora de marcha del campamento, se encontraba un desfiladero, la Boca de Matanza, donde pocos meses antes cincuenta españoles habían perecido, acribillados desde lo alto de ambos cerros por las flechas de los Indios, a los cuales no habían podido siquiera responder.

En el campamento sólo la casa del comandante ofrecía alguna comodidad. Esta se hallaba al sur sobre el bosque. Construida toda con tablas sólidas, su planta baja, se utilizaba como depósito de armas, y por ello la llamaban el arsenal. El comandante y su hija se alojaban en el piso superior. Por medio de una

escalera que se prolongaba en un balcón, se descendía al campamento mismo. A la izquierda, cuando uno salía de la casa, habían construido muchas barracas que servían de asilo a los sesenta hombres bajo las órdenes de don Pedro Sánchez. La más cercana, donde ondeaba una bandera con las armas de España, servía de posta militar. A la derecha, se hallaba el bohío en el que mantenían al hijo del cacique, y en frente, del lado de Monte de Barro, se hallaba la cabaña común de los prisioneros indios. Estos entraban por un largo corredor, donde sólo podían pasar uno por uno, y cada mañana salían de allí para marchar al Monte de Cabras. Allí los llevaban a trabajar.

Estos detalles necesarios harán posible que sigamos las escenas que van a sucederse, y nos permiten visualizar a los ocho compañeros, situados entre la casa del comandante Sánchez y la prisión de los indígenas, en el momento en que don Toribio hacía uso de la palabra.

* * *

—En fin— dijo un soldado— ¿por qué don Toribio no nos hace conocer, mientras esperamos a nuestros compañeros, toda la trama de ese complot que el azar hizo que él descubriera?

Don Toribio se dio aires de importancia, se acomodó, y después de echar sobre su interlocutor una mirada desdeñosa, acompañada de una sonrisa compasiva, comenzó su historia con una dignidad vanidosa y cómica debido al énfasis que ponía en cada gesto.

—Hay cosas— dijo— que cada uno puede descubrir, porque el azar puede favorecer a todo el mundo, pero hay acontecimientos que sólo el talento puede prever, ya que el *talento* solamente sigue un curso seguro.

—Entonces, ¿de dónde vuestro talento— dijo uno— encontró el hilo del complot?

—Allá arriba— exclamó don Toribio— sobre la Puntilla.

—¿Ha estado Ud. allí?

—No. Escuchad.

Don Toribio relató entonces todo lo que había ocurrido.

Lleno de desconfianza desde la muerte de Fuentes (lo que le había hecho observar juiciosamente que los Indios se acercaban mucho al campamento), había descubierto además, esa mañana misma, en el momento de llamar a los prisioneros al trabajo, que uno de ellos merodeaba fuera de la cabaña, aunque ésta estuviera perfectamente cerrada. Ese indio no era otro que Boucao. El amigo de Otuké, acusado de haber escapado, trató de probar que lo habían dejado fuera por error y convenció al español de su inocencia, demostrándole que habría podido huir durante la noche y que sin embargo, se hallaba en su puesto. Don Toribio, queriendo hacer resaltar su *talento*, añadió que él no se dejó engañar por tales discursos. No cargó de cadenas al Indio, pero había continuado vigilándolo. Durante el día, mientras que los trabajadores comían al pie del Monte de Cabras, don Toribio, huyéndole al sol detrás de un bloque de piedra, donde se hallaba medio escondido, escuchó cerca de allí a Boucao haciéndole confidencias a uno de sus compañeros: los Indios debían venir en número de doscientos, a atacar esa misma noche a los españoles mientras estos durmieran. Llegarían por el desfiladero de Boca de Matanza. Si los españoles dejaban libre ese paso, estaba seguro de que éstos serían destruidos completamente y todos los prisioneros liberados.

—Fue entonces— continuó— que vi aparecer en lo alto de la Puntilla a un hombre de talla gigantesca y de rostro infernal. Me pareció reconocer, conforme al retrato que suele hacerse de él, al famoso Rompe hachas. Blandía un arma mientras hacía señales al que yo vigilaba, señales que no pude comprender, y a las que Boucao respondía. Vi entonces que le indicaba el desfiladero. Luego, como si de repente me hubiera notado, emitió el grito de un tigre hambriento cuando percibe su presa. Lanzó contra mí su hacha que vino a golpear la piedra detrás de la cual me hallaba

acurrucado y de la que me había alejado de un brinco. Contesté disparándole. Lo vi caer de espaldas al otro lado del monte. Debe haber caído muerto - añadió modestamente don Toribio.

-¿Y Boucao?- preguntó Pedro.

-Cargado de cadenas en casa del comandante. Le confesó todo lo que yo había escuchado. Fue después de estas revelaciones que don Pedro Sánchez se decidió a enviar a toda la tropa a ocupar el desfiladero y a dejar aquí solamente a nosotros ocho y a los cuatro hombres que vigilan la cabaña, la posta militar y el bohío.

-¿Está Ud. seguro- dijo Antonio- de haber visto un hombre en la cumbre de la Puntilla?

-Y seguro que era Rompe hachas- insistió don Toribio.

-Creo que si existiera una montaña suficientemente alta para llegar al cielo, ese condenado subiría directamente allí.

El viejo Antonio, como la mayor parte de sus compañeros, era valiente, hasta la temeridad. Al llegar a Guanajibo, había aprendido que los Indios se mostraban a menudo sobre la Puntilla y desde entonces resolvió escalar ese peligroso pico. Lo intentó en vano. Rodó y al levantarse tenía un brazo roto. Desde entonces, ninguno de los suyos había vuelto a realizar tal tentativa. Además, se pudo comprobar que Antonio poseía en alto grado dos cualidades importantes para las guerras de América, el fanatismo y la avidez.

Vamos a tener la revancha de la masacre de la Boca- añadió. El comandante debe maldecir esas fiebres que quebrantarían al más fuerte y que lo obligan a permanecer en su casa. ¡Cincuenta contra doscientos! Eso era digno de él, porque desafiaría al mismo diablo, Dios me perdone.

E hizo la señal de la cruz.

-Si bien es cierto que no le teme a nada en lo que a él concierne, sí teme por doña Carmen. No le ha permitido que se aleje de su lado un sólo instante en todo el día. Tal vez se sienta feliz al lado de ella.

—En lo que a mí me toca— respondió el viejo soldado— quisiera ver ese encuentro. Para mí no hay dicha igual que la de golpear a esos perros.

Mientras hablaba, retiró de las cenizas un plátano humeante y lo compartió con sus dos vecinos. Estaba sentado sobre una piedra y desde allí dominaba a sus camaradas.

—El combate se libraré pronto— continuó, interrumpiéndose de vez en cuando para soplar sobre el plátano y refrescarlo. ¡Es necesario que todos esos demonios expíen sus pecados trabajando en las minas o que se mueran!

Y llevaba tranquilamente a la boca entreabierta el pedazo que antes había saboreado con los ojos. Ya lo tenía entre los dientes, cuando de súbito se levantó con un movimiento brusco y, lanzando un grito sordo, apretó sus quijadas con la fuerza convulsiva que da un dolor repentino.

Trituraba entre sus dientes, en vez de una fruta, una flecha que le había atravesado las mejillas de parte a parte y que había venido del lado de la casa de los indios.

Todos sus compañeros lo miraron y como obedeciendo al mismo mandato, se precipitaron hacia la posta militar gritando:

“¡A las armas!” Sólo Antonio quedó de pie atontado en su dolor. De pronto, un golpe terrible fue asestado contra su cabeza con un leño en llamas. Creyó que lo había golpeado un Indio. Mientras caía se volvió, pronunciando sordamente desde el fondo de su alma: “¡Maldito!”. Y se desplomó.

Pedro corrió a reunirse con sus compañeros.

Don Pedro Sánchez todavía no había podido disponer de tiempo para salir, al escuchar el grito que emitieron sus soldados, cuando ya la sangrienta lucha había comenzado. Los españoles, a los que se unieron uno solo de los centinelas dispersos por el campo y el soldado que vigilaba en la posta militar, descubrieron que eran sólo diez. Salieron armados y se situaron en fila frente a la casa del comandante. Vieron entonces a una docena de indios ilu-

minados por el fuego que brillaba en el centro del campamento, avanzando fríamente hacia ellos, no dispersos como de costumbre, sino en una sola fila. Don Toribio no pudo contener un grito: "¡Rompe hachas!". A pesar de ese nombre temido, la superioridad de sus armas daba todavía la ventaja a los suyos. A una orden de don Toribio, simultáneamente se ejecutaron dos movimientos: los blancos hicieron una descarga en masa; los Indios cayeron como un solo hombre, boca abajo, sobre la tierra. Se levantaron al instante y Toba, el primero, como si hubiera surgido de la tierra, se halló en medio de los guerreros blancos. Esgrimía una larga hacha de piedra a la que daba vueltas alrededor de su cabeza con una celeridad espantosa. Pedro cayó. Don Toribio cayó. Era preciso vencer enseguida o morir con todos sus compañeros, pues los españoles apostados en la Boca de Matanza podrían llegar corriendo, al escuchar el estruendo de la descarga. Los indios respaldaban valientemente a Toba. Empujaban a los españoles, quienes a cada momento se veían cercados por un número más grande. Ya algunos cautivos libertados comenzaban a llegar.

Don Pedro Sánchez apareció en ese momento en el balcón.
 —¡El cacique blanco!— gritó Toba con voz terrible. ¡Para mí!

De un salto estuvo en medio de la escalera. Su pie, menos seguro allí que cuando estaba en la montaña, resbaló. Cayó y fue salvado: una bala disparada por el comandante hizo blanco en un Indio, que venía detrás de Toba, y lo mató. Don Pedro Sánchez no había tenido tiempo de volver a cargar. Tiró su arma y esperó a su adversario con la espada en la mano, en lo alto de la escalera. Toba llegaba hasta él. Terrible. Temblando de rabia. Pero el sitio era dificultoso. El Indio manejaba mal allí su larga hacha. El español, de un valor inmovible, detenía y ripostaba los golpes con ventaja. Podía ya esperar la victoria cuando Toba sufrió una herida leve en el brazo derecho. El león, al sentir el hierro, dio un salto furioso. Agarró con las manos su formidable arma y la alzó sobre la cabeza del comandante, cuya espada amenazaba su pecho. La

hizo caer con todo el peso de su fuerza y la espada, al quedar atrapada por un movimiento de Sánchez entre la rampa del balcón y el hacha, voló en pedazos. Sánchez retrocedió ante tal enemigo...

Carmen, obediente a las órdenes de su padre, permanecía sin mostrarse en el interior de la habitación. Allí esperaba, llena de ansiedad, el fin del combate, ignorando los detalles. Contemplaba allí a Boucao encadenado, y de cuya traición se daba cuenta demasiado tarde.

—Boucao— le dijo— ha engañado a los blancos, pero ¿quién lo salvará de la muerte?

—Boucao está contento— respondió el Indio. El libera a sus compañeros y salva a Otuké, su amigo.

Carmen lo admiraba. Fue entonces cuando vio a su padre, don Pedro, reculando y sosteniendo sólo un trozo de espada en la mano. Toba apareció detrás. El hacha del Indio pasó como un relámpago por encima de Sánchez. Carmen creyó muerto a su padre.

—¡Otuké!— gritó— ¡Mi Otuké!

Ya tenía abrazado a su padre mientras miraba fijamente al hermano de su amante. Al oír aquella palabra solamente, el hacha cayó en tierra, inerte, mientras que por un movimiento sublime, con un esfuerzo supremo, Boucao rompía sus ligaduras y saltando entre ella y el jefe de los guerreros, llegaba a proteger a la virgen consoladora de los prisioneros. Una chispa brilló en el alma de Sánchez, quien sostenía a su hija desmayada ante aquel Indio, hacía poco furioso, ahora inmóvil. Boucao repitió entonces el grito de Carmen:

—¡Otuké— dijo— combate contra dos guerreros!

Acto seguido le indicó con el dedo a Toba para que mirara en dirección de su hermano, quien se defendía contra dos españoles. Toba reanimado con esa visión, lo abandonó todo, y se lanzó al campamento. Boucao lo siguió.

A pesar del número de Indios, el combate se había librado con el mismo coraje de parte y parte. Los prisioneros liberados ha-

bían venido al principio a reforzar a los compañeros de Toba, pero al encontrarse sin armas e impelidos por el deseo de saciar su rabia contra los símbolos de su esclavitud, se dispersaron, propagando el fuego por todos sitios. El incendio estalló en la cabaña de los cautivos. Las barracas de los soldados fueron entregadas a las llamas. Los guerreros que habían llegado al campamento se hallaron de esta suerte solos, cara a cara con sus enemigos, menos o en igual número, y sus pechos desnudos se encontraban más accesibles a las armas de los españoles. Se batían cuerpo a cuerpo, cuando Otuké acudió a salvar a su amiga. Fue detenido, rechazado, atacado rudamente por dos enemigos. Toba lo vio, y acudió presto a liberarlo.

Los defensores de Sánchez supieron morir en su puesto. Otuké creyó que llegaba el momento de su felicidad: estar libre con Carmen, a quien alejaría del antro de las fieras. Pero ya se oían las descargas que se aproximaban, nuevos soldados que se mostraban, los Indios corrían hacia la selva.

Otuké se abalanzaba e iba a tomar a la hija de Sánchez cuando Toba lo retuvo. En el mismo momento, el comandante apareció nuevamente apuntando al gran guerrero de Guanajibo. La bala rozó el hombro de Otuké, cuya sangre manó de nuevo. Toba lanzó sobre el jefe de los blancos una mirada de odio a muerte. Luego paseó la vista a su alrededor, embriagándola aún más con la carnicería que acababa de realizar.

Sin embargo, mientras los españoles acudían, los indios huían, desaparecían. Toba se quedaba solo. Alzó entonces a Otuké en sus brazos, como una presa buscada por largo tiempo. Huyó emitiendo un ronco grito de venganza y no se detuvo hasta que estuvo lejos en la floresta. Un Indio le seguía cargando un bulto muy querido. Boucao llevaba a su padre, herido de muerte, a punto de expirar.

Los españoles apostados en la Boca llegaban al campamento. Toda la tarde habían sido retenidos en la Boca, entretenidos por algunos indígenas quienes, con sus repetidas apariciones, parecían multiplicarse. Estos antiguos guerreros de la tribu de Toba habían acudido a ayudarlo y mantenían en vilo a los enemigos, alejados por la astucia de Boucao. A cada momento parecían querer abrirse paso por la fuerza, luego, se dispersaban para volver otra vez. Esto aumentaba la cólera de los blancos. Al encontrar sus alojamientos incendiados, sus amigos muertos, un grito de furor se elevó de sus pechos. La casa del comandante se había salvado gracias al viento, que empujaba las llamas del lado opuesto. Los soldados volvían a verse, se reunían frente a sus refugios devastados y juraban exterminar a los Indios.

Don Pedro Sánchez mismo, que se había visto obligado a mantenerse hasta ese momento junto a su hija delirante, salió llamando a los suyos; su desesperación infundía temor. Dividió a su tropa, dejó una parte en el campamento, y ya sea porque quisiese castigar a los salvajes sin permitirles que se ufanaran de su audaz ataque o ya sea porque vio en el delirio de Carmen algún motivo de venganza, se lanzó él mismo a la cabeza de los suyos, en persecución de Rompe hachas.

Si alguno de los compañeros de Antonio hubiera sobrevivido, se hubiese dado cuenta de que se cumplía su predicción: "La noche era mala" de todos modos. Poco a poco el cielo se fue poniendo negro. El fragor del trueno se escuchaba sordamente por encima de las montañas. La atmósfera se hacía pesada, el viento silbaba. La tormenta estaba a punto de estallar. Era necesaria toda la rabia que animaba a los españoles para intentar una persecución a través de los bosques, donde los Indios podían hacerles pagar muy caro su temeridad. Nada los detuvo.

Mientras tanto, en medio de los signos de cólera que estallaban en el cielo, tres Indios se hallaban apaciblemente ocupados en cumplir en medio del bosque una labor piadosa. Habían

corrido por mucho tiempo, y en ese momento dos de ellos depositaban en una fosa el cuerpo de un amigo. Lo cubrían con tierra y le regaban por encima hojas secas, símbolos de la vejez y de la muerte. El tercero velaba y escuchaba los ruidos que el viento traía.

–El Gran Cemí– decía uno– lo ha hecho partir. Pero ya sus cadenas estaban rotas. Podrá seguirlo en libertad para matar al corzo o al jabalí.

–El sol brillará mañana– decía el otro– y antes de que se hunda en el lago, Otuké estará al lado del padre de su amigo. Boucao marchará armado con el hacha al lado de Toba; pero delante de la hija de los blancos, él dirá que el pájaro azul⁷⁰ no puede vivir lejos de la flor. Otuké morirá lejos de Carmen, su esposa. ¡El brazo de la guerra los ha separado!

– Boucao– respondió el primero– es el amigo de Otuké.

En estas sencillas palabras, latía la promesa de toda una vida de dedicación.

El tercer indio– que vigilaba– era Toba, el terrible Rompe hachas. Se acercó en ese momento:

–Hay que huir– dijo. Las señales que se transmiten los blancos con sus armas, para encontrarse, se acercan a nosotros, y el viento nos trae a través de la tormenta el pesado ruido de sus pasos.

Apenas había terminado de decir estas palabras, cuando en medio de un trueno, se escuchó una detonación, proveniente del bosque, como respuesta al ruido del rayo. Los tres Indios, de pie, cerca el uno del otro, permanecieron impasibles, inmóviles: tres estatuas de bronce. Oyeron claramente voces. Uno de los tres, inclinándose suavemente y apoyándose en tierra sobre sus manos, dijo sólo estas palabras:

–¡A la Roca Árida!

70 El colibrí que sólo vive del néctar de las flores.

Luego, pasó como lo hubiera hecho alguna bestia espantada delante mismo de sus enemigos. Toba y Otuké deslizándose con el viento a través de la selva, continuaron el camino que habían interrumpido para enterrar con su amigo el cuerpo de su padre. Ese amigo se llevaba el secreto que Otuké vacilaba en develar a su propio hermano.

Y he aquí que encontramos a los Dos Indios, volviendo al lugar donde Toba, orgulloso de haber liberado a aquel que amaba con amor de madre, pero al que deseaba armado de odio para alcanzar la venganza de Borinquen, debía demostrarle los huesos de Aymá masacrado por los españoles.

* * *

Después de haber continuado por largo rato todavía su marcha a través de la oscuridad de aquella noche tormentosa, mientras daban mil rodeos para escapar a sus enemigos, Toba y Otuké llegaron a un sendero estrecho, tortuoso y escarpado, cuya entrada se escondía detrás de un bosquecillo. Las lianas se extendían de una rama a otra y entrelazaban los troncos formando un tejido que parecía impenetrable. El día comenzaba a arrojar desde el cielo algunos rayos. Otuké pudo ver que no estaba lejos de la Roca Árida, último albergue de Toba.

El difícil camino que conducía a la cima, bordeado de rocas impenetrables que se elevaban por ambos lados como murallas, apenas si permitía que dos hombres marcharan de frente. Otuké seguía a su hermano por los vericuetos de ese laberinto. Llegaron a la cima de la Roca cuando el sol, mostrando lentamente su faz brillante, se redondeaba a lo lejos al surgir del mar. Las nubes se disipaban y gruesas gotas de lluvia caían solamente de las hojas de los árboles o de los cálices inclinados de las flores. Se hubiera dicho que la naturaleza, fatigada, quería reposar de las inmensas agitaciones de la noche.

La cima de la Roca Árida, gran masa de roca pelada, dominaba en todo su trayecto el único sendero que era preciso recorrer para llegar allí. Aunque, mirada desde abajo, parecía formada por un pico muy agudo, la cima terminaba en una plataforma sobre la cual, en uno de los lados, se hallaba una gruta que podía servir de refugio contra los huracanes. Desde allí, la vista podía recorrer una prodigiosa extensión: de un lado, enormes bosques, del otro, el mar, dos grandes imágenes de la naturaleza libre. La Roca se erguía majestuosamente sobre las olas que venían a quebrarse a sus pies y cuya profundidad hubiera sido imposible medir en aquel sitio. La Roca brotaba de su seno y, tallada verticalmente de aquel lado, se elevaba sobre ellas como para contemplarlas desde lo alto, igual que un pedestal digno del genio de la libertad.

Toba y Otuké llegaron allí. El sol que la estrechaba entre sus rayos como si fuera una red de oro, apareció a sus ojos en todo su esplendor. Era su dios, una de las formas del Gran Cemí; por ello le rindieron adoración. Luego, el primero de los hijos de Aymá, tomando a su hermano de la mano, lo condujo a la entrada de la gruta:

—Otuké y Toba— echados de las llanuras de Borinquen, han dormido mucho tiempo sobre las hojas secas de la gruta de la Roca Árida. El Gran Cemí velaba por ellos. Los huesos de Aymá han encontrado allí una tumba que apenas si los protege de la fría lluvia, pero Toba y Otuké vengarán las tierras de Borinquen. Ellos llevarán de nuevo a Guanajibo al Gran Cemí y la osamenta de Aymá.

Toba iba a penetrar bajo la bóveda, pero Otuké retrocedió como si tuviera miedo de prestar un juramento de venganza al entrar en aquellos lugares sagrados. La gruta encerraba una imagen del dios, toscamente tallada en un tronco de roble. El Cemí apretaba una flecha en la mano derecha, mientras que la izquierda sostenía un fragmento de roca y una rama verde que el Indio traía todos los días de los bosques vecinos. ¡El dios era todavía el dominador de los bosques y de las montañas!

Toba, sorprendido por la resistencia de su hermano, lo interrogaba con los ojos, cuando éste le dijo:

—Otuké no puede entrar en la gruta antes de contarle a Toba sobre los días de su cautiverio.

Y los dos hermanos se sentaron sobre un piedra, frente al astro que alumbraba las palabras de la verdad y el más joven relató la historia de su amor.

Toba escuchaba silenciosamente el relato de su hermano con los ojos fijos en la tierra, sin hacer un solo movimiento, sin mostrar uno solo de sus pensamientos. El pobre amante buscaba en vano en aquella mirada un signo de benevolencia. Hablaba como si estuviera delante de un juez y se justificaba, describiendo largamente la belleza irresistible de Carmen. Bajo el influjo del relato, el gran guerrero se identificaba entonces con su joven hermano, le entregaba su alma, se hacía prisionero, experimentaba todas las emociones que aquel había sentido, pero juzgaba como si él mismo fuera juzgado. En cierta ocasión, Otuké, en medio de sus dulces recuerdos, exclamó:

—¡Oh, hermano, quién habría resistido!

Toba volvió su mirada sobre él; luego la fijó de nuevo en la tierra. El joven Indio había comprendido lo que le decía:

—¡Yo!

—¡Era imposible!— respondió Otuké.

—¡No!— dijo Toba y se quedó impasible.

El Indio de los bosques había dejado caer, verdad es, su hacha delante de una Carmen desconsolada, que se había arrojado entre él y su padre; había sido clemente también con la bella hija de los blancos quien pronunciara el nombre de Otuké, pero eso era todo lo que su corazón podía comprender. Cualquiera de los guerreros que fuera capaz de amar a los invasores, se convertía para él en un sacrílego, en un traidor. Aquel hombre poseía sobre todas las cosas, el instinto de la patria. Nada le parecía digno de ser amado, si ese amor debía enfrentarse al noble sentimiento de

la libertad de su país. El, sin vacilaciones le hubiera sacrificado todo. En Roma, hubiera sido un asesino sublime, Bruto. Toba amaba a Otuké. ¡Un amor sin límites! Pero hasta ese momento, amar a Otuké era amar a su hermano quien era al mismo tiempo un guerrero, un vengador de Borinquen, como decir Borinquen misma. Y hoy, era preciso separar esos dos amores. Otuké ya no podía defender la tierra de sus padres, él, que se entregaba a la hija de los españoles que los habían masacrado, él que ya los había traicionado, él, que hubiera podido huir, tal vez hasta sin la ayuda de Carmen, él, al sacrificar su libertad, había renunciado a combatir a los enemigos...

Todas estas ideas desfilaban por el alma de Toba mientras escuchaba las palabras de su hermano. Como hijo de Aymá habría luchado, habría destrozado a diez guerreros blancos; pero no podía de pronto combatir, ahogar este amor de toda la vida que siempre había estado ligado al amor de su isla querida. Su corazón anegado en lágrimas estaba a punto de desbordarse y cuando Otuké, agotando todo el fuego de su alma para doblegarle, le relataba acerca de la bondad, la devoción y el amor de Carmen, el guerrero sintió una lágrima sobre su mejilla. Después, levantándose de pronto, exclamó:

¡Borinquen! ¡Borinquen! ¿Qué se han hecho tus guerreros? ¡Tus hijos, esclavos, serán los amigos de sus amos! Aymá ¿qué hiciste de aquellos que te amaban? ¿Qué hiciste de aquellos que te han traicionado?

Al terminar estas palabras, huyó bajando por el sendero de la Roca Árida. Mientras se alejaba, escuchó una voz que repetía detrás de él: ¿Qué hiciste de aquellos que te han traicionado? No bien la voz llegaba hasta él, cuando agregaba tristemente: ¡Tú mismo le presentabas, el puñal! Y luego, más tristemente aún: ¡Esos no habían conocido a Carmen!...

El primogénito de Aymá iba sin rumbo a hundirse en la selva, como si hubiera querido buscar allí un refugio contra el do-

lor, o como si hubiera creído que a su regreso encontraría a Otuké consolado y presto a renunciar a su amor. Entonces no estaría obligado a hacer como Aymá.

Estaba a punto de penetrar por entre lianas y malezas que cerraban la entrada del sendero, cuando escuchó un ligero temblor de hojas. Inmediatamente se arrojó detrás de un montón de rocas; su mano agarró el puñal que llevaba en la cintura y alertó sus oídos. El ruido se le acercaba. Pero no podía reconocer los pasos de ninguno de los animales de la selva. Pudo entonces distinguir una voz de hombre, luego el ruido se aproximó más y más como si alguien talara delante suyo y echara a un lado las yerbas mientras avanzaba para pasar. Toba creyó que su albergue había sido descubierto y se aprestó a defender la entrada. Fue entonces que oyó claramente estas palabras:

–“¡A la Roca Árida!”

Devolvió el puñal a su cintura. Había reconocido a Boucao.

* * *

El amigo de Otuké mostró enseguida su rostro herido desgarrado por las zarzas. Había tomado, a través de aquel tejido inextricable de lianas y de plantas salvajes, otra ruta distinta a la que Toba le había trazado para volver cómodamente.

–Boucao, ¿has visto a los blancos?– dijo Toba.

–Todavía están en el bosque– respondió Boucao. Mira.

Y mostró sobre su pecho dos surcos, poco profundos, marcados por dos balas.

–Me apuntaron de frente– dijo, mientras sonreía.

–¿Han seguido tus huellas?

–Uno sólo me ha perseguido por mucho tiempo. He huido al amparo de los árboles, y él perdió mis pasos a alguna distancia de la Roca Árida. He vigilado antes de penetrar aquí y no he podido percibir nada.

–Tu sangre se ha derramado sobre la tierra– dijo Toba.

–No he visto nada– repitió el amigo de Otuké. Vengo del campamento de ellos. He visto a Carmen, la hija del cacique blanco.

–¡Carmen!– repitió dolorosamente Toba. ¿Por qué?

–Ella vendrá a vivir con los Indios.

Un rayo de júbilo destelló en los ojos del guerrero.

Boucao, al separarse por la noche de sus dos amigos, se había dirigido en efecto al campamento de Guanajibo. Una vez más arriesgaba su vida por ver a Carmen, por hablarle del dolor de Otuké y por traérsela a su amigo. No vaciló ante las dificultades para llegar hasta ella. Había un medio para llegar allí:

Durante su cautiverio, los españoles habían capturado a una joven India con su niño. Carmen, compadeciéndose de la hija de Borinquen, cuidó de su hijo que estaba enfermo, con el afecto de una madre. Sin embargo, no pudo salvarle. Desde entonces la prisionera, a quien había podido libertar, no quiso abandonarla y se había encariñado tanto con ella, como para devolverle por medio de su devoción todo el amor que la española había prodigado a su hijo. Esa pobre India conocía la bondad de aquella a quien servía como ama y como amiga, y la ayudaba con celo infatigable a socorrer a los suyos. Los prisioneros también la habían utilizado más de una vez para obtener algún alivio a su triste suerte. En esta ocasión, Boucao, que le era bien conocido, atrajo a la joven madre al bosque, imitando las quejas de un niño, completamente seguro de que ella las oiría antes que nadie, y una vez allí, le había explicado la necesidad de hacerlo llegar hasta Carmen. La India lo condujo, sin ser visto, a la casa de Sánchez. Encontró a la bella española presa del abatimiento que deja como legado el delirio. Más apenas le contó la huída obligada de Otuké, los esfuerzos que él había hecho por verla durante el combate, la desesperación en que se hallaba, los peligros que corría, perseguido por el propio don Pedro, la joven recobró todas sus fuerzas. Antes que dejar morir a Otuké, Carmen quería ir ella misma a vivir cerca de su

amado; deseaba precipitarse al encuentro de su padre y revelarle su amor invencible. Pero Carmen no sabía que ya le había revelado todo a su progenitor en medio de su delirio. Envió de vuelta a Boucao, antes que ella, y decidió encaminarse enseguida hasta la Roca Árida, guiada por la India.

Boucao relató rápidamente todo esto a Toba. El guerrero no pudo contener su emoción, y estrechando a su amigo en sus brazos le dijo:

–Boucao es el salvador de Otuké.

–Boucao es su amigo - respondió sencillamente el otro.

Ambos subieron de nuevo hacia la cumbre de la montaña, con el corazón plétórico de alegría. Escucharon entonces un triste canto, cuyas frases no podían distinguir. Pero al acercarse, llegaron hasta ellos estas palabras:

–¡Aymá, tu hijo muere como un guerrero! ¡Su corazón y su mano no han temblado!

Apenas si había pronunciado la última palabra, cuando los dos Indios se encontraron bajo el umbral de la gruta donde salía la voz de Otuké. El joven cacique tenía aún en la mano derecha una saeta que le atravesaba el pecho. Lanzó una mirada sobre Toba, le tendió la mano y cayó en sus brazos, que ya lo enlazaban para sostenerlo. Una palabra se le escapó todavía: “¡Carmen!”

Boucao estaba al pie de su amigo y lloraba:

–¡Otuké!– exclamó Toba– hermano, despiértate.

Luego, sintiendo que su cabeza se derrumbaba inerte y se apoyaba en su pecho:

–¡Los muertos– añadió con un dolor feroz– sólo se despiertan en el país libre de los espíritus!

Sentó el cadáver cerca de la imagen del Gran Cemí y entonó un canto desordenado, a veces con gritos de furor, a veces con voz melancólica llena de lamentos:

–La muerte es la alegría del enemigo.

–Los blancos han hollado las tierras de Borinquen.

—¡Sangre! ¡Sangre! Ellos han manchado el agua del manantial y los árboles del bosque; ellos han manchado la hierba de las praderas.

—Los animales voraces han expulsado de la llanura a los pueblos pacíficos.

—¡El torrente mugidor todo lo ha devastado!

—¡Otuké, tu corazón es una flor!

—He visto a la flor que se secaba a la sombra, inclinarse sedienta hacia el torrente. El torrente se la llevó al encrespar sus aguas.

—¡Aymá, han destrozado tu caney de cacique!

—Borinquen, tus guerreros caen como las hojas.

—He visto a tus hijos más numerosos que las ramas del bosque y que las plumas de los pájaros.

—Las plumas de las aves vuelan en el viento.

—La tierra está cubierta de muertos.

—Los blancos invaden la montaña.

—Las ramas del bosque seco están enrojecidas por el fuego.

Mientras decía estas últimas palabras, con gesto agitado, terrible, señalaba hacia la selva como si la hubiera visto devorada por llamas. Boucao lo contempló. Vio como un reflejo rojizo en sus ojos y en todo la gruta. Salió espantado.

* * *

Su asombro aumentó todavía más cuando se halló en la plataforma. El espectáculo que se le ofreció a la vista le hizo creer que Toba estaba poseído por algún espíritu que le mostraba las cosas ante sus ojos, allí donde no se manifestaban.

Alrededor del bosquecillo que cerraba la entrada del sendero, vio elevarse por tres puntos diferentes una espesa humareda parecida a la de un fuego que empieza a encenderse. Toba aparecía en ese momento fuera de la gruta. Boucao solamente le lanzó una mirada.

—¡Otra vez los blancos! - dijo el guerrero. ¡Están allí!

Y dirigía su vista sucesivamente sobre las tres hogueras que se formaban, y cuyo humo poco a poco iba de un lado a otro dibujando un círculo. Toba parecía buscar un medio de escapar. Pero sólo había una salida, precisamente aquella que acababan de cerrar los españoles. Recorría la plataforma como un tigre acorralado en su guarida. Por un lado únicamente veía precipicios sin fondo, inmensas escarpaduras. Por el otro, el mar, sobre el cual se inclinaba de vez en cuando. ¿Acaso podría Boucao seguirle por allí para ganar la remota ribera? ¿Podía él dejar al amigo de Otuké caer presa del enemigo? Delante suyo veía el fuego que ganaba terreno:

—Podemos cruzar todavía - dijo Boucao.

—La imagen del Gran Cemí, los huesos de Aymá, el cadáver de Otuké, están ahí— respondió Toba. ¿Quién los defenderá?

—El mar o el fuego.

—El mar— repitió.

Al instante, los dos amigos tomaron el cuerpo del joven cacique, lo cubrieron de hojas secas de plátano, desparramadas por la gruta; colocaron entre sus manos los huesos de Aymá y la imagen del dios; luego, alzándolo en sus brazos, decía mientras lo entregaban al mar:

—¡Ve, hijo del cacique, conduce a tu padre y a tu dios en las aguas profundas, más hospitalarias que la tierra!

¡Ellas os darán una tumba y los espíritus vendrán a buscaros en la noche!

El cuerpo de Otuké desapareció en las olas. Toba no quería dejar nada en la gruta. Las antiguas armas de sus guerreros y las que éstos había arrebatado a sus enemigos, todo estaba allí. Esos testigos de sus victorias, Toba los arrojó al mar sobre el cuerpo de su hermano. Lo único que quiso conservar para cruzar entre los españoles fue una hacha para él, una para Boucao y algunas flechas.

Mientras tanto el fuego avanzaba. Cuando quisieron descender hacia el bosque, el círculo de fuego estaba ya formado, completo, y las llamas se dirigían hacia las malezas, que pronto serían consumidas y dejarían paso libre al enemigo. Toba no vaciló.

—Ven— gritó— que las plantas secas caigan bajo tu hacha.

Boucao lo siguió ciegamente.

En un instante, se hallaron al pie de la Roca Árida. Allí comenzó para ellos una faena de desesperados. Era necesario en un instante derribar los ramajes secos, las yerbas marchitas, los troncos ya quemados por el sol. Todo aquello que podía inflamarse tan pronto como uno les acercara una chispa, debían tumbarlo y disputárselo al fuego que venía a encenderlo. Los dos Indios golpeaban los troncos, rompían las ramas, arrasaban la tierra. Las llamas, que se enroscaban como serpientes alrededor de los árboles todavía verdes y lamían los tallos que no podían morder para devorarlos, subían en torbellino hasta la cima y abrazaban las hojas que caían encendidas, como una lluvia de fuego. Boucao, siguiendo el ejemplo de Toba, pero sin explicarse lo que quería el hijo de Aymá, trabajaba junto a él y ambos avanzaban, locos, ciegos, insensibles bajo esa lluvia. Lo que derriban, lo agarraban y se lo llevaban o lo arrastraban al camino hondo de la Roca Árida. En pocos instantes vaciaron un espacio entre la montaña y el fuego, y restos de corteza, de ramas, de hojas, de lianas secas llenaron el sendero. En la parte más alta de éste los dos Indios colocaron una gran piedra rocosa para cerrar la entrada a la plataforma. Con las hojas que quedaban todavía en la gruta, Toba hizo un solo montón que ató con lianas, no sin antes poner una piedra en el centro, de modo que éste no pudiera ser arrastrado por el viento y desviado de su dirección cuando él quisiera lanzarlo sobre algún punto. Allí habían tizones candentes listos para encender el montón.

Solamente entonces los Indios se detuvieron a reposar, contemplando tranquilamente cómo el fuego se detenía allí donde ellos le habían puesto un límite. Sin embargo, algunos árboles to-

avía se quemaban y lanzaban llamas por el extremo de sus ramas, como tantas otras antorchas que iluminaban aquella fiesta. Toba lo había dicho: los blancos estaban allí.

Al seguir el rastro de sangre que se había derramado de las heridas de Boucao, un soldado había descubierto su retiro y lo había visto hundirse en la maleza. Pero los españoles, temiendo alguna emboscada, no quisieron penetrar en un sitio que les era desconocido. Preferían capturar a los Indios encerrándolos en un círculo de fuego que, si no llegaba hasta donde ellos, servía por lo menos, para ponerlos al descubierto completamente, una vez se apagara. Eso fue lo que sucedió. Las llamas se extinguieron y la Roca Árida surgió ante ellos, pero desnuda y muda. Allí no se mostraba indio alguno. Sólo se veía un poco de humo que se elevaba hacia el cielo en la parte más alta del pico. Los españoles decidieron escalarlo.

* * *

Al partir del campamento, los blancos se habían dividido en dos columnas. Don Pedro Sánchez erraba en el bosque todavía a la cabeza de la suya. Uno de sus tenientes era el que iba, junto con sus soldados, a escalar la montaña. Pasaron corriendo por encima de las cenizas calientes que había dejado el incendio y llegaron al sendero. Una vez allí, permanecieron un instante indecisos creyendo ver un precipicio bajo el montón de plantas secas que lo atestaban. Uno de ellos se lanzó adelante. Todos le siguieron. Pronto se encontraron metidos dentro del camino tortuoso, bordeado de rocas intransitables y que, como lo hemos dicho, dominaba a lo largo de todo su trayecto la plataforma. Poner fuego a las hojas que él había amontonado cerca, arrojarlas con mano segura contra la retaguardia del enemigo, al pie del sendero, y aparecer en lo alto sobre la piedra que cerraba la entrada, blandiendo su hacha en actitud de desafío, todo eso fue para el hijo de Aymá igual al tiempo que se tomaba el relámpago en fulgurar.

—¡Toba es el gran guerrero!— exclamó Boucao, lleno de admiración, dándose cuenta entonces de todo su plan. Y lanzó un tizón inflamado detrás de la piedra, del lado de los blancos.

A la vista del Indio, todos los españoles habían descargado sus armas sobre él, pero éste estaba ya detrás de su muro de roca para reaparecer un instante después, apoyado siempre por su amigo, quien les lanzaba dardos mortíferos.

—¡Id— exclamaba— flechas silenciosas, mensajeras de la muerte, desgarrad el aire y golpead al enemigo!

Los blancos no retrocedieron. Ese salvaje que se erigía allá como un obstáculo infranqueable al cerrarles la retirada por el fuego, no los atemorizaba. Continuaron avanzando mientras sufrían valientemente sus golpes.

No obstante, el incendio se manifestaba, los seguía. Apresuraron su marcha y ya llegaban a la meta cuando vieron una voráGINE de humo, luego llamas que se elevaban también delante de ellos. Entonces el espanto se apoderó de las filas. Su jefe solo, el primero, avanzó. Cayó a los pies del Indio. El segundo retrocedió ante el incendio y ante aquel hombre que ya no se veía, sino a través de una nube roja. Por un instante, los soldados despavoridos se apretaron los unos contra los otros. Veían el fuego que venía por detrás, por delante. Luego, como suele suceder, las llamas al aproximarse se precipitaron súbitamente unas sobre las otras y los envolvieron. Entonces aquello se convirtió en un espectáculo horrible.

Una inmensa serpiente de fuego se retorció en los flancos sinuosos de la Roca Árida y entre las llamas se dibujaban unas sombras que se agitaban, corrían desorientadas, desesperadas. Gritos horribles resonaban. Tiraban las armas que al encenderse, estallaban. Unos se agarraban con las uñas a las rocas resbaladizas que bordeaban el terrible camino. Otros, huían buscando una salida, chocaban con las piedras, se empujaban, se retorcían. Estos se derrumbaban quemados, asfixiados. Aquellos, salían corriendo hacia el bosque para caer a los pocos pasos, muertos. Uno

de ellos saltó de un brinco por encima del bloque de piedra que cerraba el sendero, atravesó completamente abrasado la plataforma y fue a hundirse en el mar. Toba estaba allí, silencioso, de pie sobre la piedra, apoyado en su hacha. Observaba todo atentamente. Boucao, lo admiraba. Las llamas rojas se reflejaban sobre su piel de cobre y lanzaban rayos alrededor de él. Ya no era más un guerrero, un hombre; parecía un genio, un dios de desolación y de muerte contemplando su obra, triunfante. Ni un solo blanco se salvó. Y cuando las llamas comenzaron a ceder, el formidable guerrero de Guanajibo pudo contar sobre las cenizas los cadáveres de sus enemigos. Mientras tanto, Toba al ver los blancos extendidos sobre el polvo, no entonó un canto de triunfo. Ya había visto al pie de la montaña otros españoles que avanzaban.

* * *

Don Pedro Sánchez, al estampido de la descarga y a la luz del incendio, se había dirigido a la Roca Árida, pero llegaba al final de la carnicería. Al iniciar de pronto la persecución de los Indios, aquel hombre, que los consideraba como una casta inferior a la suya, y que acababa de enterarse del amor de su hija por uno de ellos, había partido como un desesperado. Quería vengarse de aquel ultraje a su familia, a su raza. Mientras tanto, la pasión de Carmen y el amor sin límites que le tenía atemperaban en él la idea de la venganza. No deseaba quebrar el corazón de su hija y con ese pensamiento corría detrás de los Indios, esperando sin duda recapturar a su prisionero, pero no matarlo en el combate. Por medio de algunos soldados llegó a saber que Otuké era hermano del terrible Rompe hachas, el que había combatido contra él. Les prohibió disparar sobre ellos. Pero a su llegada a la Roca Árida, la vista de los cadáveres quemados de sus soldados irritó de tal manera a aquellos que él conducía, que creyó imposible poner freno a su furor. De esta guisa, sin esperar apenas a que el

fuego se extinguiese, don Pedro se arrojó el primero en la senda cubierta de ceniza y alfombrada de muertos.

–*iVivos*– gritó a los suyos– *cogedlos vivos!*

–*iSí, vivos*– le respondieron furiosos– *para quemarlos!*⁷¹

–*Vivos* – murmuró Toba con una voz sombría en español.

Al mismo tiempo, con la ayuda de Boucao, retiró la masa de roca sobre la cual había permanecido y, con su hacha en la mano, se apostó allí, esperando al enemigo, como si fuera más incommovible que la piedra. Su compañero estaba junto a él, también armado, listo para reemplazarlo, pues no podían combatir los dos a la vez. Por su parte, los españoles tampoco podían subir sino uno a uno. Llegaban. Toba vio a Sánchez y sintió el dolor de la fiera herida por una flecha. El recuerdo de Otuké pasó por su alma. Su rabia se volvió implacable. Enseguida arrojó su hacha sobre el soldado que seguía a Sánchez, lo derribó. Separando así por un instante al jefe de sus compañeros, antes que éste pudiera ponerse en guardia, se lanzó sobre él, lo agarró, lo alzó y lo llevó a la plataforma. Boucao ya había ocupado su lugar y mantenía a los blancos en jaque. El jefe español, estrechado por aquellos brazos de acero, apenas si podía respirar.

–*iOtuké!*– fue la primera palabra que don Pedro pudo pronunciar.

–*iOtuké!*– dijo Toba arrastrándolo al borde del precipicio. Está allí, bajo el agua. Tú– añadió, con una ironía feroz– cacique blanco, tú, que eres inmortal, te vas a reunir con él.

Y ya se aprestaba a levantarlo para precipitarlo al fondo de las aguas. Los españoles vieron el movimiento. En el mismo instante hicieron una descarga general. No podían disparar directamente sobre Toba por temor a herir a su comandante, que aquel

71 Las palabras en cursivas aparecen en castellano en el original. (Nota del Traductor).

sostenía fuertemente estrechado entre sus brazos. Todas las balas fueron dirigidas contra Boucao que les cerraba el paso y lograron acribillar su pecho. Toba, reteniendo a su víctima que se debatía en vano, volvió la cabeza. Su compañero, el joven guerrero, con un esfuerzo heroico, sublime, se mantuvo todavía de pie por un instante, luego cayó de frente, tratando de levantar su hacha que escapó de su mano y extendiendo los brazos, como para detener aún, al enemigo. Se vio perdido. Entonces escuchó una voz de mujer que gritaba desconsolada, jadeante.

—¡Detente! ¡Espera!

—¡Mi hija! - murmuró Sánchez.

Pero ya el Indio, apretándolo contra su pecho, se había lanzado al abismo sin fondo.

Carmen llegó al borde del precipicio al mismo tiempo que los soldados, en medio de los cuales había pasado. Inclined sobre el abismo, vio como a través de una nube a dos hombre bajo cuyos pies las olas se entreabrían para volverse a cerrar sobre sus cabezas. Estaba temblorosa, pálida como la agonía, en medio de los compañeros de don Pedro Sánchez. De aquellos dos hombres que las olas engullían, uno llevaba en su mirada el recuerdo de su amante. El otro, creyó reconocerle, era su padre. Los dos desaparecían juntos para siempre. Era un sueño. Ella no lo creía. Carmen pasaba las manos sobre sus ojos, como si hubiese mirado en la oscuridad. Luego fijando su vista:

—¿Él?— exclamó— ¿Es él? Él ha matado a Otuké, Otuké le ha matado. Y yo...

En ese momento vio un hombre reaparecer sobre las aguas, pero con gestos de desesperación, queriendo gritar sin poder hacerlo, en la angustia de la muerte. Y volvió a desaparecer.

—¡Yo ... ambos!— agregó ella con un grito de horror.

¡Mi padre! ¡Otuké!

Entonces, como viendo de pronto la luz:

Sí...— dijo. Espérame.

Dos soldados detuvieron su impulso y la retuvieron cuando estaba a punto de arrojarse en el abismo. Cayó entre sus brazos inerte, como una muerta.

Algunos españoles tenían aún sus armas apuntadas, listas a hacer fuego tan pronto el Indio reapareciera en la superficie de las aguas. Un momento después, vieron a lo lejos fuera de su alcance un hombre que hendía vigorosamente las olas. Alcanzó la orilla y mirando hacia la Roca Árida, hinchó su pecho como para retomar aliento. Luego se hundió en el interior de la floresta. Los españoles volvieron a tomar la ruta de su campamento, llevando en sus brazos a la hija de don Pedro Sánchez.

Los Indios jamás reconstruyeron sus chozas en la aldea destruida. Se mantuvieron errantes en los bosques. Allí encontraban a menudo a una joven blanca. Decían que ella había sido visitada por los espíritus y por ello la veneraban. La seguía constantemente una indígena. Su porte majestuoso, su mirada extraviada, su raro atuendo, impresionaban a los habitantes de la selva. Llevaba en la cabeza un pañuelo rojo, debajo del cual se escapaban ondas espesas de cabellos negros que tan pronto volaban al viento como tan pronto se extendían sobre su gran mantón blanco.

Su vestido estaba hecho con piezas de diferentes colores y sus pies delicados, desgarrados por las zarzas, estaban desnudos. La India decía a los suyos que su ama ya no sentía el dolor. Decía también que al atardecer la joven iba a dormir a la Roca Árida, y que allí los espíritus le llevaban su sustento por la noche. Cada mañana, en efecto, la joven india hallaba sobre la plataforma las frutas más maduras y más dulces recogidas en los campos de Borinquen, o pescado atrapado en la costa, o carne cocida de jabalí cazado en los bosques. Algunas veces solamente, al velar junto a su señora dormida, la india creía haber visto errar la sombra de un guerrero de Guanajibo. La joven blanca era considerada por todos con respeto. Sin embargo, cuando la consultaban, siempre ofrecía presagios de infortunios.

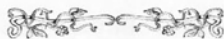
—Id— decía ella— el valor y la desesperación resultarán impotentes. Borinquen será como ternera bajo el yugo.

Luego, retirándose sobre la montaña con aquella que le había consagrado su vida, la conducía al borde de la roca que dominaba el mar, y con los ojos huraños, penetraba con su mirada las aguas, señalando con el dedo al fondo:

—Allá duermen— decía. Vendrá el día. Pondré a mi hijo en tus manos y me iré cerca de ellos.

Un noche, la hija de los blancos volvió a subir a la Roca Árida. Nadie la vio bajar de nuevo. La joven India contó que esa noche su ama había dado vida al fruto de sus entrañas y que no había cesado de respirar cuando la sombra del gran guerrero apareció en la gruta. Aquella sombra cumplió el deseo de la joven blanca. Luego, llevándose al recién nacido que lloriqueaba en sus brazos, la sombra repetía:

—Éste vivirá en las selvas. ¡Será de la raza de Aymá, hijo de Borinquen!



A BORINQUEN³⁷

La noche estaba majestuosa,
el cielo, destellante de belleza,
y sobre la mar silenciosa
Dios velaba la inmensidad.
Se diría que deseaba de la sombra
crear una obra con sus manos,
o del fondo de algún escombros
crear un nuevo género humano.

37 El poema *A Borinquen* forma parte de la novela, *Los Dos Indios*, publicada en Francia en 1857 (Toulouse, Typ. Bonnal et Gibrac, pp. 103-108). Escrito en octosílabos y alejandrinos franceses, el poema es una pieza épica con la que Betances prolonga su novela. *A Borinquen* ha sido traducido del original francés, especialmente para las *Obras Completas*, por el escritor puertorriqueño Wenceslao Serra Deliz.

Esa noche, Dios tomó una estrella
y contemplando las desabridas ondas,
como una barca sin vela
depositola en los mares.
Dijo luego al dirigirla en las olas:
"Allá existe un lejano país,
que el viejo mundo desconoce.
¡Ve! tú serás su paraíso.
Te detendrás en su orilla
donde nacen los grandes bosques:
Yo derramaré sobre ti el agua viva,
el arca pura de mis secretos.

Verás al hombre y su infancia.
Tus hijos ardiendo de amor por mí,
bajo mi poder se inclinarán
para adorar el diurno astro.
Pero cuida que la esclavitud sombría,
ese Demonio que roe el universo,
no venga un día a mancillar tu playa
con sus pies negros cargados de cadenas".

Dijo.- Y como sobre la tela
que un pintor anima de colores,
el pintor divino sobre la estrella
esparció la vida y las flores.
Luego en el seno de la mar profunda
la fijó, desde la altura celestial,
sembrando con su mano fecunda
mil presentes misteriosos.
Hizo crecer las colinas,
y extendió valles a lo lejos.
Hizo brotar agua en los barrancos
y coronó de árboles los montes.
Vertió por doquier la abundancia,

pobló los árboles de pájaros cantores,
 los bosques y la inmensa llanura
 de abundantes rebaños sin pastores.
 De un soplo animó la piedra,
 creó todo un pueblo indígena,
 y vertiendo oleadas de luz,
 lo contempló y dijo:- "Está bien".
 Esa dulce isla afortunada
 de la que Dios hizo un nuevo Edén,
 con el perfume de las flores coronada,
 esa isla, -esa fue Borinquen.

Lejos del ruido y la opulencia,
 los pueblos andaban por doquier,
 encontrando el silencio,
 la paz, la floresta y el celeste aire.
 Nada de odio o de altiva casta.
 El árbol ofrecía frutos para todos;
 y en el bohío hospitalario,
 se mecían los nocturnos sueños.

Un día preñado de tormenta, como si fuera a nacer
 algún monstruo de su mugiente seno,
 la mar, espumando al viento, dando mil vueltas,
 se retorció en medio de largos estruendos sordos,
 y en la inmensidad de sus oscuros remolinos,
 sobre los residuos esparcidos triturando los negros es-
 combros,
 se puso a gritar sus sollozos contra el cielo,
 y al romperse las olas en el granito de los cayos,
 sobre la onda se alzó otra onda más baja
 y dejan, al huir, una nave en la ribera.
 "¿Quién es este triste viajero

que la tormenta arroja entre nosotros?...
Vamos a socorrer al pescador
cuya canoa ha naufragado.
Y si el cielo sigue ensombrecido
que encuentre abrigo en nuestra tierra.
Retiremos también su canoa...
¡Su canoa lleva cadenas!
Hermanos, ¿de dónde vienen estos guerreros?
¡Huyamos! estos no son hombres:
Sentados sobre altivos monstruos,
parecen horribles fantasmas.
Hermanos, estos son enemigos
que cazan, armados de truenos,
los vomitó la mar
y con ellos se está tragando la tierra!
Estos son los mensajeros de muerte
que a veces creemos ver en sueños,
es la tropa de espíritus que salen
de la noche cuando todo se consume.
¿Acaso no escuchan una voz
que en nuestros campos suena tristemente?
Adiós, Borinquen con tus bosques,
oh, nido jubiloso de un pueblo libre!
Adiós llanos con tus frutos
adiós valles, adiós montañas,
adiós caricias de nuestros hijos,
adiós dulces cantos de nuestros campos.
Oh montes tantas veces recorridos,
la esclavitud a la muerte nos conduce.
¡Calla en esta noche, voz mía!
Sin libertad, ¿para qué vivir?

Y ese pueblo pereció bajo el acero extranjero.
 No sabemos si alguien quedó para vengarlo.

¡Oh mi Borinquen noble y bella,
 llora, llora, tus hijos han muerto!
 ¿Por qué la mar retrocede
 cuando llega a tus riberas?
 ¿Por qué la onda apagada
 viene en vano a romper sobre ti?
 ¿Por qué no te ha devorado
 si tu pueblo debe perecer?...
 Pero no, tú debes ser inmortal;
 se puede ver aún en todas partes
 escrito en tus eternas orillas:
 "Por aquí pasó la mano de Dios".
 Yo sé que no tienen escrúpulos
 los invasores, y ebrios de oro,
 trajeron nuevos esclavos
 para hacerlos perecer una vez más;
 que su odio está sentado
 sobre tu cuerpo magullado y gimiente;
 que su boca se sació
 de la sangre de tu cadáver;
 que triste, sin aliento y muerta;
 el amo, sin compasión, te trata;
 y con el fuste que lleva en la mano
 cae de nuevo sobre tu espalda y la muerde;
 que su desenfreno llegó
 al extremo de la iniquidad;
 que la cadena remachada en tu cuello
 ahoga tu grito de libertad.
 Que tu alma vague por la orilla
 y, temerosa de la eterna muerte,

observe para ver si llega
alguna nave desde la otra orilla.
Pero mira, bajo la espesa maleza
de aquel empinado peñasco,
¿quién es este cuerpo estremecido?
¿Quién será el vigía? –Es el Indio.-
En la lejanía, bosque adentro,
muy apartado del camino,
¿quién será ese hombre de frente umbría?-
Es el Negro que le tiende la mano.
Son esclavos, son hermanos,
ambos reunidos bajo el yugo,
con las mismas plegarias y los mismos dioses,
hacen para ti los mismos votos:
“¡Borinquen, Borinquen amada!
-Gritan al unísono-, ¡humanidad!
¿Cuando por fin renacerá la patria?”
¡En la primavera de la libertad!

